

# Unidad y Carismas

## Laicidad y carismas

Una mirada positiva sobre la laicidad

*Mauro Mantovani, s.d.b.*

---

Laicidad en Iginio Giordani

*Alberto Lo Presti*

---

Es más lo que recibo

*Nacho Gómez Moreno, t.o.r.*

---

Dialogar con «quien no cree»

*Franz Kronreif*

---

Fraternidad, cultura y solidaridad

*Donika y Luan Omari*

---

N.º 81/2012

Enero - Marzo



**Ciudad Nueva**

# Revista trimestral de espiritualidad y comunión

## Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)  
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

**Director:** José Damián Gaitán, o.c.d.    **Composición:** José Luis Belver, o.s.a.

**Administración:** Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.  
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

**Consejo de redacción:** Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

[www.unidadycarismas.es](http://www.unidadycarismas.es)

### Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,  
Via della Selvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.  
unitaekarismi@cittanuova.it

### Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr  
Kaulbachstrasse 47  
D - 80539 München, Alemania  
schalk@redmuc.de

### Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,  
mssp, Via della Salvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

### Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,  
Cistercijanska opatija Sticna  
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

### Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg  
10, av. Rémy René-Bazin  
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia  
unitecharismes@focolari.fr

### Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.  
Biskupow 72 PL  
48-355 Burgrabice, Polonia  
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

### Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.  
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil  
centrofoco@uol.com.br

## LAICIDAD Y CARISMAS

### Editorial

---

Laicidad y carismas *Carlos García Andrade, c.m.f.* 4

### Perspectivas

---

Una mirada positiva sobre la laicidad *Mauro Mantovani, s.d.b.* 6

Fe, laicidad y carismas *Marina Motta, s.b.g.* 13

### Testigos

---

Laicidad en Iginio Giordani *Alberto Lo Presti* 18

Sor Emmanuelle, el ángel de los traperos *Darci Vilarinho, i.m.c.* 24

### Experiencias

---

Es más lo que recibo *Nacho Gómez Moreno, t.o.r.* 29

Dialogar con «quien no cree» *Franz Kronreif* 32

Fraternidad, cultura y solidaridad *Donika y Luan Omari* 36

### Nuevos horizontes

---

De la «Cátedra de los no creyentes»  
al «Patio de los Gentiles» *Mauro Mantovani, s.d.b.* 39

# Laicidad y carismas

**L**AICIDAD es una palabra equívoca. En algunas ocasiones indica una decidida posición de rechazo de todo lo religioso, que a veces se convierte en una crítica feroz contra la religión, sus representantes y sus resultados sociales. En otros momentos, sin embargo, con esa palabra sólo se quiere significar una justa y equilibrada defensa de la autonomía de las realidades temporales respecto de los principios y preceptos religiosos. En la cultura actual no es difícil encontrar representantes destacados de ambas posiciones. Pero, además de lo dicho, existe también un concepto de laicidad plenamente eclesial y cristiano.

En este número de nuestra revista queremos aportar algo de luz sobre esta realidad que atraviesa como un río nuestra cultura occidental a veces de forma imperceptible, pero que, de tanto en tanto, aflora de forma polémica en los medios de comunicación (el crucifijo en las aulas, las referencias o no a la fe cristiana en la Constitución Europea, la revisión de los acuerdos con la Iglesia Católica, etc.).

En la sección “Perspectivas” M. Mantovani nos presenta el sentido positivo de la laicidad. Y M. Motta, por su parte, la relación entre laicos y carismas, especialmente en la vida consagrada.

Como “Testigos”, A. Lo Presti escribe sobre la figura de Iginio Giordani, ejemplo de laico cristiano, que supo hacer una síntesis ejemplar entre las dos dimensiones, la de la laicidad y la de la fe cristiana, sin que perdiera ni una ni otra, y cuya causa de beatificación está en marcha.

Otro personaje de esta sección es la religiosa Sor Emmanuelle. Un artículo de D. Vilarinho nos recuerda algo de su trayectoria vital, que fue de gran ayuda para muchos durante su vida, lo cual se puso de manifiesto sobre todo con ocasión de su fallecimiento.

Después de algunas experiencias, como la vivida por Nacho Gómez en un contexto de pobreza, y la que nos cuenta F. Kronreif sobre el diálogo del Movimiento de los Focolares con personas de convicciones no religiosas; M. Mantovani, en la sección “Nuevos Horizontes”, nos ofrece una interesante síntesis de cómo en estos años la Iglesia institucional ha ido dando pasos hacia lo que actualmente se ha dado en llamar el “Patio de los Gentiles”.

En apariencia no parece posible, y ni siquiera útil, intentar buscar una relación entre laicidad y carismas religiosos. Si ya los mismos creyentes entienden a veces poco el significado de los

votos y del estilo de vida de las personas consagradas, parece obvio pensar que menos lo comprenderán personas que se plantean la realidad desde una perspectiva totalmente laica. Quizá lo más que cabría esperar de la laicidad es una tolerancia respetuosa hacia nuestra forma “peculiar” de vida.

Y, sin embargo, se da un hecho interesante sobre el que es importante reflexionar. Con cierta frecuencia hay representantes de la laicidad que manifiestan cierta simpatía hacia algunos santos y santas. Sobre todo respecto de aquellos en los que, por la misión que Dios les ha confiado, presentan un especial timbre de humanidad, como por ejemplo, Francisco de Asís, Pedro Claver, Madre Teresa de Calcuta, y otros muchos misioneros y misioneras.

En todos estos casos se ve con claridad que, más allá de las dimensiones más internas de su historia personal, quizá inaccesibles para ellos, mucha gente de pensamiento así llamado laico, es decir no religioso, se sienten, sin embargo, atraídos por la rica humanidad presente en la vida de estos hombres y mujeres de Dios. Y no digamos en el caso de Jesús de Nazaret.

Pero no sólo. Cuando se trabaja codo con codo junto a estas personas “lejanas” sobre problemas comunes (justicia, pobreza, paz, ecología, prófugos, etc.), en un clima de verdadera aceptación recíproca, compromiso y diálogo, se percibe con frecuencia que los prejuicios van cayendo, y que los puntos de fricción más duros se van suavizando. Sin duda porque, como yo mismo he experimentado, nos empezamos a ver sencillamente como hermanos que se llevan bien, sin juzgarse, respetando cada uno las opiniones de los demás como fundamento del diálogo.

Todo esto me hace pensar que la lejanía de la religión y de la Iglesia, al menos en algunos casos, se deba quizá a la experiencia que han tenido estas personas de un rostro de Iglesia demasiado ligada a la “religión”, demasiado clerical, excesivamente institucional, ideológico, formal, o, incluso, falta de humanidad. Muy “religioso” pero poco humano. Mientras el Verbo se hizo hombre.

Habiendo surgido por lo general en una cultura mayoritariamente católica, las personas consagradas nos hemos acostumbrado durante siglos a vivir siendo reconocidos y valorados por el simple hecho de ser consagrados. La sola consagración a Dios nos concedía un “status” social privilegiado, y esto, en la mayoría de los casos, independientemente de la calidad evangélica de nuestra vida. Así la “función” justificaba la persona, y no al revés. Creo que uno de los frutos más decisivos de la secularización ha sido precisamente la desaparición de este “status” social y la imposibilidad de seguir viviendo del pasado.

El reto actual está en tenerse que ganarse la credibilidad ante tantos hijos e hijas de Dios que, por desgracia, ya no conocen ni sienten como realidad fundamental esta condición suya. En este sentido nos servirá de ayuda la calidad evangélica de nuestro testimonio, de nuestra acción apostólica, de nuestra vida comunitaria, ciertamente, pero sin olvidar la capacidad de encarnar en el plano concreto humano esta vida que nos ha sido regalada desde lo alto. Si no, corremos el riesgo de trabajar para defendernos a nosotros mismos más que para ir al encuentro de los otros. Si nuestro punto de referencia, el Hijo de Dios, ha querido hacerse hombre y compartir nuestra vida con todas las consecuencias, este es el camino por el que nosotros debemos caminar hoy.

*Carlos García Andrade, c.m.f.*

# Una mirada positiva sobre la laicidad

*Mauro Mantovani, s.d.b.*

*Una mirada positiva sobre la laicidad, en cuanto dimensión transversal que afecta —como valor y “elemento originario”— no sólo a la vocación específica de los christifideles laici, sino también a muchas realidades evangélicas significativas, puestas de relieve tanto por la vida consagrada a lo largo de su historia como por numerosos movimientos eclesiales. En la relación entre “antiguos” y “nuevos” carismas, la laicidad puede representar una categoría preciosa para profundizar la llamada común a vivir y testimoniar, en la comunión, la íntima unión de la Iglesia con la toda familia humana.*

**¿P**OR qué hablar de laicidad en una revista de espiritualidad y de comunión, en diálogo con todos, pero prevalentemente atenta a los temas relativos a la vida religiosa? El tema de la laicidad corre el riesgo de resultar equívoco, porque, si por una parte caracteriza la vocación de la porción más numerosa del “pueblo de Dios” que es la Iglesia, por otra, sin embargo, puede entenderse más bien como el movimiento de un voluntario y progresivo distanciamiento de la Iglesia y del patrimonio cultural que por tradición le es propio. ¿Cómo puede entenderse esto?

Aun dejando de lado ya desde el principio el “laicismo militante”, la amplitud del concepto de laicidad es más que evidente,

remitiéndonos a las cuestiones de la distinción entre poder espiritual y temporal que afectan al ámbito histórico, jurídico, filosófico, teológico, etc., y que manifiestan un problema de fondo: el de la relación entre Iglesia y modernidad, primero, y, el de la relación entre Iglesia y postmodernidad, después. A este propósito comenta Mario Toso, actual secretario del Pontificio Consejo de Justicia y Paz: «*La categoría de la laicidad —al contrario de lo que comúnmente se piensa— ahonda sus raíces más robustas en la cultura cristiana, según la cual el mundo y la humanidad son creados por Dios como realidades dotadas de una propia existencia autónoma, pero no separada de Él. En la edad moderna, la categoría de la laicidad se interpretó en términos autárquicos, suprimiendo la referencia al Crea-*

*dor. Es decir, se ha absolutizado hasta convertirse en medida de sí misma, de su propia eticidad. Por el contrario, una correcta interpretación de la laicidad reconoce su dependencia de la ley natural, de la conciencia personal y social, de la religión... Para los laicos y para los creyentes de inspiración cristiana, la sana laicidad es origen de civilización; y no sólo contra toda tentación mágica y sacra, sino también contra una visión de la identidad de la libertad entendida en sentido radical»<sup>1</sup>.*

Los religiosos y religiosas ¿cómo se sitúan frente a los desafíos de una cultura que, defendiendo –incluso a veces con toda la razón– su laicidad, a menudo plantea esta reivindicación de autonomía como un intento radical de romper cualquier vínculo con la experiencia religiosa? Son conscientes de que no necesariamente debe darse dicha oposición, como lo ha demostrado multitud de veces a lo largo de los siglos el patrimonio histórico-cultural de la vida consagrada, que incluso hoy se muestra de un modo sorprendentemente renovado gracias a la aportación de la comunión entre los “antiguos” y los “nuevos” carismas.

## **Volver a centrar la “laicidad”**

Como dicen los expertos, y lo demuestra el mismo debate cultural, nos encontramos ante la necesidad de una «nueva comprensión de la laicidad»<sup>2</sup>. De hecho hoy están en discusión muchas temáticas importantes como la identidad y la misión misma de la Iglesia y del cristianismo, la laicidad del Estado, la relación entre Estado e Iglesia, el *ethos* de la sociedad civil y de sus normas públicas, el pluralismo, la enseñanza religiosa, los signos religiosos en los ámbitos públicos, etc.

En este momento nos puede ayudar la noción de laicidad que ha ido elaborando poco a poco la misma Doctrina Social de la Iglesia, pasando de hacerse defensora de

una concepción de estado confesional, con “la tarea de hacer venerar al Dios verdadero”, a la del estado laico, aconfesional, con tal de que este garantice a todos los ciudadanos y a los grupos de cualquier creencia, incluidos los ateos, el derecho a la libertad religiosa o, en otros casos, el derecho a expresar las propias convicciones<sup>3</sup>.

Así mismo se puede afirmar respecto de la reflexión actual sobre estos temas, que hoy «*la noción de laicidad propuesta por la Doctrina Social de la Iglesia –como escribe Mario Toso– es sin duda parecida a la que tienen muchos laicos (especialmente cuando se atienen a una razón integral), pero también es diferente tanto por la inspiración como por las motivaciones en las que se sustenta. Sin duda se presenta distinta de la elaborada por una razón privada de su dimensión especulativa y práctica, que duda o es agnóstica respecto de la existencia de Dios, la cual, por el contrario, para la Doctrina Social de la Iglesia es fundamento último del orden moral... De ahí se deriva una noción de laicidad más proclive a la inmanencia, más identificada con el relativismo moral. La libertad radical sería, según eso, la única medida del hombre y de la ley*»<sup>3</sup>.

Ante este “reduccionismo” podríamos estar tentados de renunciar al diálogo y a la confrontación, asumiendo solamente una actitud de inflexible defensa del propio “mundo” y de las propias “garantías”; por el contrario dicha situación nos ofrece una ocasión propicia para afrontar el “desafío” de promover un concepto renovado de laicidad, no estática y pasiva, cerrada en sí misma, sino dinámica e histórica, y desde aquí recuperar –para expresarlo con nuevas formas y vitalidad– todo el patrimonio que pertenece a la dimensión originaria y primigenia de la experiencia cristiana en general, y de la vida religiosa en particular.

Es verdad que en algunos casos nos encontramos como ante un muro, ante una oposición preestablecida hacia todo lo que

“suene a Dios” o a religioso, y a veces con una hostilidad manifestada precisamente en nombre de la laicidad. ¿Qué hacer entonces? Sin caer en ingenuos irenismos, y sabiendo que para que se dé un diálogo fructífero se necesita que estén dispuestos a él todos los interlocutores, hay que reconocer sinceramente que existe un valor fuertemente positivo en la laicidad (aun cuando éste pueda parecer incómodo, dado que nos obliga a cambiar y a dejarnos cuestionar), porque todo lo que es humano tiene su legítima autonomía. No debe subestimarse la aportación crítica que viene a veces de una cultura secularizada y que puede ser asumida en sus elementos más verdaderos en la medida que ayude a clarificar efectivamente aspectos de la vida según el Evangelio que corren el riesgo de ser ignorados.

En este sentido el Concilio Vaticano II sirvió para mover realmente las conciencias de los creyentes, invitando a hacer un camino de “éxodo” de esquemas a menudo demasiado anquilosados o de cómodos refugios en una cierta praxis tradicional, y descubrir así la función de la Iglesia no sólo como *mater et magistra* (que por otra parte es justo que continúe siéndolo), sino también como *ancilla humanitatis*. No por casualidad el Concilio habló mucho de la realidad laical y, por lo mismo, contribuyó de modo decisivo al sorprendente descubrimiento eclesial de la dignidad del laicado, que después ha visto en la exhortación apostólica *Christifideles laici* de Juan Pablo II otra piedra miliaria, a cuyo texto me remito<sup>5</sup>.

Igino Giordani, que junto con el sacerdote don Luigi Sturzo fue uno de los principales promotores del compromiso de los católicos italianos en la política durante la primera mitad del siglo xx, después de la época del “*non-expedit*” o prohibición a los católicos de participar en la vida política, afir-

maba: «*Los laicos son los apóstoles más directos de una función hoy vital para la Iglesia y para la sociedad: si viven la caridad, generan la paz en las familias, en los partidos, en los estados, en el mundo... porque la paz se hace: se construye y reconstruye momento a momento*»<sup>6</sup>. A ellos confiaba, proféticamente, la misión de «*cristianizar, fraternizando, la democracia*»<sup>7</sup>.

### La “laicidad” de los religiosos y de las religiosas

Puede parecer obvio, pero no está de más recordar, en primer lugar, que la vida consagrada ha nacido “laica” y no “clerical”. Me parece que se puede afirmar sin duda que los “carismas”, a comenzar desde los más “antiguos” que han marcado la experiencia de la vida consagrada en estos ya casi dos mil años de historia, han sido dados por el Espíritu Santo a la entera comunidad eclesial para encarnar de modo especial un aspecto no exclusivamente jerárquico o institucional de la vida cristiana, y que incluso en el caso de congregaciones, órdenes y fundaciones iniciadas por clérigos o por miembros de la jerarquía, han subrayado predominantemente un “rasgo”, un valor evangélico particular; convirtiéndose así en respuesta a una necesidad del mismo tejido eclesial, siempre en relación muy significativa (aunque a menudo en contraste) con la situación cultural y social de la propia época histórica, con el “*saeculum*”, que en muchos casos contribuían a fecundar y transformar.

Sólo por recordar algunos aspectos universalmente más conocidos, podríamos mencionar el “trabajo”, a cuyo aprecio y desarrollo contribuyeron los benedictinos, o la puesta en marcha de una economía financiera civil por parte de los franciscanos, o la tarea de la formación cultural llevada a cabo por los jesuitas y por tantas otras congregaciones, etc. En este sentido, son mu-



chos los santos que han “preparado” la laicidad, y no faltan hoy importantes trabajos que destacan precisamente el papel fundamental de los carismas en la vida económica y civil<sup>8</sup>.

En el pasado, de hecho, los religiosos y las religiosas eran con frecuencia bien conocidos en la sociedad, y esto ocurre hoy también, no sólo a causa de la creatividad de sus obras de caridad (el hecho de que –como dice la encíclica *Caritas in veritate*– haya habido movimientos políticos que han criticado estas obras de caridad afirmando que sólo eran soluciones paliativas, significa en todo caso que han sido tenidas en cuenta), sino también por los muchos “valores laicales” vividos y testimoniados por ellos. Es igualmente interesante, en este sentido, ver el aprecio que demuestra en bastantes ocasiones la literatura moderna y los mismos medios de comunicación hacia el testimonio de muchos religiosos y religiosas comprometidos en cuestiones “de frontera”: que han sido y son capaces de mirar “más allá”, e incluso impulsar en esa dirección a la misma sociedad civil.

Muchas órdenes, además, están también a menudo “rodeadas” de laicos (“seglares”) que comparten con ellos la espiritualidad, hasta el punto de que se asiste al nacimiento y desarrollo de verdaderas y propias familias carismáticas comprometidas en difundir en el mundo los valores evangélicos que ellos sienten como propios, como un testimonio y un don del Espíritu dado no sólo a la Iglesia sino también a toda la sociedad.

Desde este punto de vista el reciente florecer postconciliar de los movimientos eclesiales –sobre todo laicales– como respuesta de Dios a las exigencias de nuestro tiempo, es una nueva llamada a tener en cuenta la dimensión de “laicidad” de los carismas en sí mismos, manifestando la exigencia de una nueva relación entre religiosos, religio-

sas y laicos según la “eclesiología de comunión”, que pide cada vez más la sinergia y la capacidad de una integración mutua en proyectos carismáticos y apostólicos. Los movimientos eclesiales, además de mostrar hoy su capacidad de implicar al laicado, demuestran también que no sólo es posible sino incluso provechoso el abrirse a gentes de diversas vocaciones, compartiendo la misma espiritualidad.

Los consagrados y los laicos, sin dejar cada uno lo específico de su vocación, se abren así a una nueva posibilidad de vivir juntos siendo “productores de bien y de bien social”, como escribía en el lejano 1939, en *Noi e la Chiesa*, Iginio Giordani. Cada cristiano, en efecto, «*está en la sociedad para esto: para hacer el bien. Actúan numerosos impulsos de mal: el cristiano, portador de Dios, con las energías tomadas de la Iglesia, reacciona oponiendo fuerzas de bien. Ésta es su lucha: ésta su prueba. Existe para esto. Y es una tarea inmensa, divina en cierto sentido, para que, también por su medio –por medio de lo que él, siendo hombre, hace– lo divino se introduzca en el círculo humano y fortalezca, con potencia sobrehumana, las debilidades de todos*»<sup>9</sup>.

En una Iglesia que no se sitúa fuera “del mundo”, sino que se siente profundamente unida a los “gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los que sufren”<sup>10</sup>, los religiosos y los laicos –cada uno con su modo de ser propio– pueden “solidarizarse” y trabajar junto con todas las personas de buena voluntad que desean hacerse instrumentos de bien en el mundo, sobre todo “estando” allí donde está la gente, con un estilo de vida cercano. Impresiona que, en las conversaciones que se oyen normalmente, siempre se identifique a la Iglesia sólo con la jerarquía eclesiástica. Esto hace suponer que la presencia de un cierto laicismo sea quizá también fruto de una visión demasiado re-

ductiva de la Iglesia, que a veces podría estar favorecida por un excesivo clericalismo que se vuelve a veces rígido dentro mismo de la Iglesia.

En un momento histórico en el que está en juego el hecho de la presencia del cristianismo en la sociedad, y el modo que esta puede o debe tener, es obligado, y más que comprensible, que la Iglesia no esté dispuesta a aceptar sin más la actitud de una sociedad que tiende a reducir la religión a un asunto totalmente privado y sin influencia, y que le resulte difícil admitir una idea de sociedad diferente de la que ella piensa y querría; sin embargo, esto no implica necesariamente no reconocer el valor positivo de una “sana laicidad”, que puede peligrar ciertamente no sólo a causa del laicismo, sino también por cierto clericalismo.

Ante la pregunta, siempre presente, sobre cuáles son las formas de institucionalización y de “estructura” de la Iglesia más acordes con la integridad del mensaje evangélico en orden a una presencia más adecuada de la Iglesia en el mundo de hoy, es importante en cualquier caso –allí donde la Iglesia se muestre demasiado clerical– la aportación eclesial que ofrecen la vida religiosa y los movimientos presentando la riqueza carismática de la Iglesia, incluida la dimensión propia de laicidad de los distintos carismas. Ellos, cuando están en comunión con la dimensión institucional de la Iglesia –cosa que es importante y fundamental– muestran por otra parte la capacidad innegable de ir “más allá” de las estructuras ya consolidadas para penetrar cada vez más profundamente dentro de la experiencia de todo lo que es humano y decirlo con palabras humanas, dando valor en primer lugar a las dimensiones de la relación, del diálogo y de la cercanía con las personas. En este sentido los carismas pueden mostrar la más valiosa “laicidad” de la Igle-

sia, presentando la experiencia religiosa como una “obra” que sobre todo es vida, y que se traduce en obras de vida.

### Unidos en Aquel “que quiso ser laico”

La vida religiosa no quiere ser un “camino de huída” respecto del mundo de hoy, y la búsqueda de Dios –incluso cuando se realiza individualmente– nunca puede darse fuera de la realidad en la que cada cual está inmerso; realidad a la que –según la verdad del misterio de la Encarnación– Dios se ha acercado, ha asumido y redimido.

Jesús mismo ha “tomado en serio” al hombre, y en cierto modo ha “revolucionado” la relación humana entre lo sagrado y lo profano: su muerte sucedió fuera de la ciudad santa; su más importante acto cultural (la última Cena) tuvo lugar en una casa, y no en el templo; la expresión «*dad al Cesar lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios*» (Mc 12, 17), resulta escandalosa tanto para los judíos, para los cuales había que “dar” sólo a Dios, como para los romanos, para los que había que “dar” sólo al Cesar, que era considerado Dios.

Con el cristianismo se fijan nuevamente las categorías de la relación entre sagrado y santo, y por consiguiente entre sacralización y santificación, superando el concepto mismo de la dualidad sacro-profano. Escribe S. Palumbieri, reflexionando sobre el sentido plenamente cristiano de lo profano tal como lo subrayó el Concilio Vaticano II: «*El origen etimológico de este último término nos ayuda a entender que era pros-fanum, colocado delante del templo, todo lo que no podía entrar en el templo. Por el contrario, a la luz conciliar, se nos indica una nueva visión del templo y de la adoración como su función primordial. Todo el tiempo –duración de lo humano– es templo donde “se adora en espíritu y en verdad” (Jn 4, 13), donde bajo la guía del Espíritu el culto se ejerce en la realidad más honda*

*de la vida. El momento ritual es signo y condensación de la vida misma. No está separado de la existencia ordinaria. Se sitúa más allá de los ritualismos en cuanto gestos sagrados absolutizados y separados de las luchas, de las esperanzas, de los proyectos, de las obras y de los días»<sup>11</sup>.*

También A. Marchese, sólo tres años después de la conclusión del Concilio, escribía que *«la parábola del samaritano (Lc 10, 25-37) fue contada por Jesús para responder a una visión religiosa puramente individualista:... si pensamos que el mismo Cristo se identifica con la figura de aquel hombre apaleado por los ladrones, podremos una vez más meditar el significado de la desmitificación de la fe en el Evangelio. El prójimo de Cristo no es el sacerdote que baja de Jerusalén: el que hace profesión verbal de su nombre, pero no lo reconoce en el rostro martirizado del hombre necesitado; no es el levita que pasa de largo (que se me perdone una comparación impropia: la mentalidad clerical del levita ¿no es como la nuestra, cuando vemos al otro a través de los filtros de una religiosidad que ha perdido el contacto con la vida?). El prójimo de Cristo es un samaritano (que no se había planteado el problema de “su” prójimo)... La equivocación de la actitud del sacerdote y del levita consiste en no haber considerado como prójimo suyo al hombre que estaba al borde del camino. Probablemente, se dirá, tendrían otras cosas que hacer, y quizá muy “religiosas”. Es nuestra misma equivocación, cuando estamos tan pillados por el sentimiento de “obligación” que caracteriza muchas de nuestras actitudes en la vida, con frecuencia más intelectuales o “heroicas” que compasivas, en el sentido más puro de la intención, como en el caso del samaritano»<sup>12</sup>.*

En esta significativa referencia a Jerusalén y a Jericó me parece encontrar aspectos particularmente vivos del “sentido” *transversal de la verdadera laicidad*. Efectivamente, los levitas y los sacerdotes se nos presentan como aquellos que en sus comportamientos han traicionado lo que han recibido en su

contacto con lo sagrado. La actitud clerical del levita y del sacerdote es superada totalmente por el comportamiento laical del samaritano atento a traducir su fe –tal vez no siempre formalmente profesada– en obras de *diaconía*.

Cuando la laicidad es sana, y los religiosos –viviendo auténticamente su vocación– pueden contribuir ampliamente a mostrar sus rasgos más genuinos, esta ayuda a leer la realidad, incluidos los sucesos y las situaciones más “mundanas”, con los mismos ojos de Aquel que se hizo “carne”, y que se hace presente allí donde no nos limitamos solo a “hablar de Dios”, sino que vivimos de Él.

Todos pertenecemos al *laós*, el pueblo de Dios, y por esto compartimos en profundidad la llamada propia de todo *laikós*, que «honrado con el crisma sacerdotal y real en el Bautismo, está llamado a celebrar la liturgia como vida y la vida como liturgia... La liturgia abarca toda la existencia humana de cada miembro del pueblo desde dos momentos: el del memorial y el existencial-histórico. Es la oferta del culto espiritual, que se realiza en el tiempo y que recibe su sentido y energía en el culto del memorial, celebrado en el templo sacramental»<sup>13</sup>.

## Conclusión

He querido reflexionar en estas pocas páginas sobre la laicidad como valioso recurso, que se distingue del laicismo y del clericalismo, y que caracteriza una dimensión “transversal” de muchos carismas, evidenciando –en “primera línea”– las sinergias y la apertura a la comunión que se da tanto en la vida religiosa como en los nuevos movimientos eclesiales.

El tema de la laicidad aborda en efecto la cuestión de la relación entre Iglesia y mundo, y permite centrar nuestra atención eclesialmente sobre el hecho de que el ejercicio del sacerdocio bautismal, común a todos los

cristianos, es siempre y sobre todo obra de *mediación* entre la Palabra que permanece perenne y la situación que cambia pero que al mismo tiempo empuja la fe de cada creyente a hacerse vida compartida con otros. En particular para los *christifideles laici* se trata de ser «*mediación en el área de lo cotidiano de la vida, de la cultura, de la sociedad, de la política, de la economía, de la praxis en general. El laico entra con su trabajo de cada día en la historia para construir formas de convivencia como signo de lo humano que permanece como opción fundamental de la encarnación*»<sup>14</sup>.

Esto es lo que solía recordar a menudo también Jacques Maritain, cuando hablaba de la “fe democrática secular” que pertenece al orden temporal o secular de la vida terrena, de la cultura o de la civilización: «*es un conjunto de convicciones del espíritu y del corazón, una “fe” temporal o secular en los datos esenciales del “vivir” juntos en la ciudad terrena; su motivo es humano, y humano es su objeto*»<sup>15</sup>, es decir, dialogando con todos y convirtiéndose en propuesta para todos.

Los religiosos pueden ser entonces, junto con los laicos, los “centinelas” de un nuevo *humanismo intencional*, en el que se declinan cada vez mejor, también en términos de praxis y de sus correspondientes instituciones y estructuras, los grandes valores antropológicos y evangélicos, juntando la libertad y la justicia, la solidaridad y lo comunitario. El gran desafío sería intentar realizar todo ello juntos.

Hoy más que nunca se necesita el testimonio, eclesial y social, de un compromiso en vistas a hacer prevalecer la búsqueda del bien común sobre el bien particular: «*el fiel laico sabe que justicia, libertad, solidaridad son sustancia de su propia constitución interior en el espacio de las tensiones axiológicas. Sabe igualmente que la naturaleza proviene del Creador, que es también el Redentor del hombre. Y esta redención, en el evento del hombre “Hombre perfecto”, el Verbo encarnado y salvador, ha purifi-*

*cado, potenciado y elevado al máximo grado las virtudes humanas. Así, el fiel laico se puede presentar, en el diálogo con quien tiene una fe diferente y con todos los hombres de buena voluntad, como quien acepta lo auténticamente humano. Sabe además que tiene un elemento más para articular este patrimonio antropológico y enraizarlo en el centro fisiológico del ser del creyente, es decir, el amor. Lo cual le exige estar dispuesto a pagar, incluso con la propia vida, la causa del hombre. Como lo ha hecho el Unigénito del Padre gratuitamente, radicalmente, totalmente, fielmente. Estos cuatro pilares adverbiales son los que caracterizan el “como yo os he amado”» (Jn 13, 34)”*.

Pilares que también constituyen el fundamento de la vida consagrada, porque son básicos para toda vida auténticamente cristiana.

<sup>1</sup> M. Toso, *Democrazia e libertà. Laicità oltre il neoilluminismo postmoderno*, LAS, Roma 2006, pp. 179-180.

<sup>2</sup> Cf. *Ibid.*, pp. 209-244.

<sup>3</sup> Cf. *Dignitatis humanae*, nn. 1-5.

<sup>4</sup> M. Toso, *o.c.*, p. 192.

<sup>5</sup> Juan Pablo II, *Christifideles laici*.

<sup>6</sup> I. Giordani, escrito inédito citado en *Fuoco vivo. Igino Giordani oggi* (25 diciembre 2010), p. 4.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Cf., por ejemplo, las aportaciones del *forum*: «Il ruolo dei carismi nella vita economica e civile», publicados en la revista *Sophia. Ricerche sui fondamenti e la correlazione del saperi* 2 (2010/2) 209-307.

<sup>9</sup> I. Giordani, *Noi e la Chiesa*, cit., en P. Quartana, *Produttori di bene comune: i laici oggi*, en *Fuoco vivo. Igino Giordani oggi*, cit., p. 1.

<sup>10</sup> *Gaudium et spes*, Proemio.

<sup>11</sup> S. Palumbiere, *Prefazione* en: A. Marchese, *Il senso della laicità: i laici oggi*, LAS, Roma 2006, pp. 5-6.

<sup>12</sup> A. Marchese, *o.c.*, pp. 85-86.

<sup>13</sup> S. Palumbiere, *o.c.* p. 6.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>15</sup> J. Maritain, *El hombre y el Estado*, Encuentro, Madrid 1997.

<sup>16</sup> S. Palumbiere, *o.c.*, p. 9.

# Fe, laicidad y carismas

*Marina Motta, s.b.g.*

*Carismas y laicidad: dos palabras para centrarnos en una reflexión. El inicio de un camino de esta doble realidad y un desafío que, como fruto del amor compartido, ofrece un equilibrio de gran valor en la inestable sociedad contemporánea.*

**E**N el marco de nuestro tiempo, la relación entre religiosos y laicos, creyentes o no, sugiere un camino de reflexión que podríamos desarrollar a lo largo de dos vías: la propiamente eclesial y la cultural que, en el contexto actual, está caracterizada por una mentalidad laicista que niega lo trascendente. Son interesantes, a este respecto, los coloquios entre intelectuales creyentes y no creyentes que han tenido lugar en el “Patio de los Gentiles”: un espacio nuevo de apertura y de confrontación, deseado por Benedicto XVI e inaugurado el 24-25 de marzo de 2011 en París.

### Los laicos en la Iglesia

Una mirada al pasado revela inmediatamente que alrededor o dentro de órdenes o de congregaciones religiosas se constata la presencia de laicos que, aun manteniendo su propio estado de vida, viven la pertenencia a una realidad carismática o com-

parten la espiritualidad. Piénsese en el movimiento monástico y en el influjo positivo que ejerció en grupos de cristianos que se establecían en torno a los monasterios; en las terceras órdenes seculares que respondían al deseo de los que, aún sin abrazar la vida religiosa, querían vivir seriamente su ser cristianos; en las cofradías, las asociaciones laicales, las sociedades que poco a poco han ido surgiendo en la historia de la Iglesia.

En el siglo xx, cuando con el Concilio Vaticano II se proclama la llamada universal a la santidad de todos los bautizados, y Pablo VI, en la introducción del Motu proprio *Sanctitas clarior* del 19 marzo 1969, invita a todos los hombres de cualquier condición a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, se subraya la plena dignidad del laico llamado a emplear toda su vida “en alabanza y gloria de Cristo”. Lo cotidiano, penetrado por la fe, llega a ser el lugar del encuentro con Dios.

Las asociaciones y los movimientos laicales surgidos en el siglo XX se insertan en esta línea y expresan con sus carismas una Iglesia, pueblo de Dios, donde todas las vocaciones son tenidas en cuenta y los laicos representan un plano inclinado hacia la realidad civil y laica. Contribuyendo a la animación cristiana y a la humanización de una sociedad plural, donde se cruzan cantidad de mensajes, lenguajes culturales y tendencias ideológicas diversas, ellos se comprometen a traducir en la vida diaria la lógica del Evangelio con todas sus consecuencias, comprendida la implicación política y social.

Esta conciencia ha llevado a la reflexión sobre el significado que la vida religiosa tiene en la Iglesia y en la humanidad hoy y su relación con el mundo laical. ¿Cómo compartir recíprocamente en la comunión las riquezas carismáticas y el compromiso del cristiano en el mundo?

### La fuerza de los carismas

Leyendo la historia de los carismas sorprende la existencia y el esfuerzo apasionado de muchos hombres y mujeres que, entre exigencias y necesidades, carencias de contexto social, han testimoniado el rostro caritativo de la Iglesia. Ellos, con la genialidad y la creatividad del espíritu, han dado a luz obras duraderas en el tiempo, sirviendo a menudo como base para otras instituciones civiles y sociales.

Precisamente por la elección totalitaria, por el compromiso a favor del hombre más pobre y marginado, por la proximidad a la gente, los religiosos todavía hoy suscitan generalmente simpatía, o por lo menos son valorados incluso por personas no creyentes, por la incidencia que sus carismas tienen en lo social o por la sencilla, amable y desinteresada dedicación que manifiestan hacia los demás.

Son significativos dos ejemplos que describen el rendimiento del poder laicista ante la evidencia de la realidad. A principio del siglo XIX, en Verona, Magdalena de Canossa, mientras se procede a la supresión de todas las instituciones religiosas de su ciudad, obtiene de las autoridades locales, gracias a la mediación de Napoleón, una casa de acogida para muchachas pobres y marginadas.

Juan Bosco, en un contexto político abiertamente hostil a la Iglesia y cuando en 1855 se había decretado la supresión de los órdenes religiosos, consigue que se apruebe su congregación, combinando artículos de la regla salesiana con las normas de comportamiento contempladas en el código civil del Estado, leyes civiles que regulaban las diversas asociaciones de ayuda social.

En estos casos el poder anticlerical no logra decir que no a la santidad y a la humanidad de dos personalidades enamoradas de Dios y del hombre.

Otro ejemplo, más cercano a nuestro tiempo y más común, es el que Lucía Bellaspiga presenta en su libro *Dios que no existes, yo te ruego*, donde escribe el conmovedor testimonio de un encuentro tenido en 1971 entre una religiosa enfermera y Dino Buzzati. La religiosa acompañó al escritor y periodista durante el último periodo de su enfermedad. Recuerda ella: Buzzati, no creyente, «estaba interesado por todos los aspectos de mi vida... las reglas, cómo hacíamos para vivir todas juntas, si siempre estábamos de acuerdo... Buzzati la esperaba diariamente para un encuentro cotidiano que poco a poco se hizo más importante. ¿Qué es lo que buscaba en la joven religiosa? Decía que (en ella) había una serenidad bellísima que quería comprender. Envidiaba su fe y se lo confesaba abiertamente. El deseo de Dios permaneció siempre en su pensamiento constante hasta el día en que se fue apagando y pidió a la hermana que rezara por él: "Acuérdese de mí" –me dijo–

“y yo le aseguré: forma parte de mi vida rezar por usted, no sólo curarle». Y el testimonio lo concluye su mujer: «La última noche la hermana había entrado, dulce y más gentil que de costumbre, porque sabía que estaba ya al final. Yo estaba agitada, tenía miedo de que alguien en aquel momento pretendiera ofrecerle opciones no suyas, sin embargo Dino fue muy valiente y dijo: “Acérquese, venga también, hermana, sé bien por qué ha venido. Pero la única cosa que yo puedo hacer es besar su Jesús”. Y tomó entre las manos el crucifijo que colgaba del cuello de la hermana y lo llevó a sus labios. Fue el último beso de su vida»<sup>1</sup>.

## Comunión, el desafío de actualidad

Hoy la vida religiosa, frente a los desafíos de la post-modernidad y de la globalización, está experimentando un cierto estado de marginalidad y se siente invitada a repensar y profundizar en su significado. Es un momento delicado de transición, pero esta condición de marginalidad también puede ser la oportunidad para volver a escuchar la llamada de Dios, para retornar a lo esencial de su vocación y reinventar con la fantasía de la caridad nuevas respuestas a los desafíos actuales, y seguir siendo signo de la trascendencia y de la profecía.

En el pasado los carismas nacieron y se expresaron con modalidades que respondían a las necesidades del tiempo, pero hoy a causa de múltiples factores, como la falta de vocaciones y la consiguiente laicización de las obras, el desarrollo de estructuras y de servicios públicos socio-educativos, o el resurgir de nuevas pobrezas que exigen formas adecuadas de respuesta, emerge la conciencia de que no se puede caminar y responder actuando cada uno por su cuenta.

La comunión entre carismas antiguos y nuevos, entre religiosos y laicos en la Iglesia

es una respuesta al desafío presente. ¿Cuáles son por consiguiente las barreras que hay que superar para responder hoy a la llamada de Dios? ¿Cómo caminar con humildad, juntos, religiosos-laicos para contribuir a la humanización de una sociedad cada vez más fragmentada, para vivir el plus del Evangelio?

Judith King, laica, en su intervención en la asamblea general de la Unión de las Superiores Generales (USG) de 2010, trazando un cuadro de la realidad consagrada en Europa, sugería despojarse de lo que no es esencial, volver a las raíces del Evangelio y de la misión de Jesús, crear comunidades que testimonien la vida, la curación, la verdad. La vida común es profecía de una posibilidad de comunión para todos, que puede llegar a ser un mensaje para toda la Iglesia y para el mundo. Decía: «Dada la red global y local de muchísimas congregaciones religiosas, fundadas en Europa, vosotras tenéis una extraordinaria oportunidad de plasmar el modelo de comprensión que se pide a quienes creen que todos son iguales delante de Dios. Esta evidencia será, por sí misma, el más potente comentario social para cualquier práctica discriminatoria y excluyente. Los laicos sentimos la necesidad urgente no sólo de saber que una tal inclusión es teóricamente posible, sino que se está verificando actualmente de modo creíble y que es posible para nosotros formar parte».

Existe un hambre de lugares y de espacios en los que se pueda hacer la experiencia de Dios y las comunidades religiosas pueden responder con la acogida y la hospitalidad a esta exigencia originaria del hombre. La vida consagrada, pues, puede sacar energías del compartir el Evangelio encarnado y al mismo tiempo en la reciprocidad puede enriquecerse de la novedad y concreción que los laicos testimonian a través del compromiso y del entusiasmo en la vida cotidiana, familiar.

También los que no creen representan un desafío para los consagrados, porque reclaman que se testimonie lo esencial de la vida religiosa. La primacía de Dios, la comunión, la hospitalidad, el amor preferencial por los pobres continúan siendo un anuncio que atrae e interpela a todos porque humaniza y da sentido a lo que el hombre vive.

### ¿Qué profecía?

El contexto social y cultural en el que vivimos nos presenta un mundo cada vez más fragmentado, nihilista y confuso, con crecientes desequilibrios entre norte y sur, fenómenos inmigratorios que aceleran transformaciones y cambios culturales y sociales. Frente a estos escenarios aún emerge la pregunta: ¿Cuál es la respuesta que la humanidad de hoy espera más o menos conscientemente? ¿Cómo vivir la dimensión profética como religiosos en el pueblo de Dios?

Son interesantes en este sentido algunos pasajes de una conferencia de Fabrice Hadjadj, “*Modernidad contra modernismo, o la gracia de nuestro tiempo*” (Milán, 3 marzo 2011) en donde dice de modo muy claro y sugerente: «*El cristiano sabe que no ha existido ninguna edad de oro. Sabe que el tiempo en el que el Verbo se hizo carne y descendió a la tierra fue también el tiempo en el que lo crucificamos. Sabe, en fin, que la época en la que vive es para él la mejor porque es en la que puede dar testimonio. Ahora bien, lo más maravilloso que hay en este mundo en el que Jesús está ausente, es que tenemos prohibido contentarnos con bonitas palabras y con cualquier devocioncita, como en tiempos de la cristiandad: este mundo exige de nosotros un testimonio íntegro de santidad, un testimonio de amor y muerte, una verdad que invade alma y cuerpo. Este mundo nos pide que seamos otros Cristos para nuestro prójimo. La modernidad es nuestra aliada y la post-mo-*

*dernidad no es un obstáculo. Cuanto menos tiene el mundo a Jesús, tanto más éste es el mundo en el que se debe realizar la Encarnación*».

Chiara Lubich indica, en perspectiva trinitaria, un camino para realizar la encarnación de Jesús hoy: un camino colectivo y personal al mismo tiempo, el cual conduce a la unión con Dios mediante la unidad con los otros: «*Dios, que está en mí y que ha plasmado mi alma, en la que reposa la Trinidad, está también en el corazón de los hermanos.*

*Por eso, no basta que yo lo ame solo en mí. Si actúo así, mi amor tiene todavía algo personal, y en virtud de la espiritualidad colectiva que he sido llamada a vivir, algo de tendencia egoísta: amo a Dios en mí y no a Dios en Dios, cuando la perfección es ésta: Dios en Dios.*

*De modo que mi celda, como dicen las almas íntimas de Dios, y mi cielo, como decimos nosotros, está en mí y, como en mí, en el alma de los hermanos. Y así como lo amo en mí, recogiendo-me en mi propio cielo —cuando estoy sola—, lo amo en el hermano cuando está junto a mí.*

*Y entonces no amo solo el silencio, sino también la palabra, la comunicación del Dios en mí con el Dios en el hermano. Y si dos Cielos se encuentran, allí hay una sola Trinidad, donde los dos están como el Padre e Hijo y entre ellos está el Espíritu Santo.*

*Así pues, es necesario recogerse siempre, también en presencia del hermano, pero no evitando a la criatura, sino más bien acogiéndola en el propio cielo y recogiendo uno mismo en su cielo.*

*Y ya que esta Trinidad habita en cuerpos humanos, ahí está Jesús: el Hombre-Dios.*

*Y entre los dos se da la unidad, donde somos uno pero no estamos solos. Y ahí está el milagro de la Trinidad y la belleza de Dios, que no está solo porque es Amor»<sup>2</sup>.*

El dinamismo del amor trinitario empuja a los que lo viven a salir de sí mismos para ir al encuentro de Dios en cada hombre, creando relaciones que llevan la presencia del Resucitado a la humanidad,



construyendo el castillo “exterior”, imagen teresiana completada por Chiara, donde “Su Majestad” está presente en medio de los hombres unidos en su nombre y donde «*la pluralidad de las personas que se santifican juntas incrementa la santidad de cada uno, y la santidad de cada uno enriquece la de los demás*»<sup>3</sup>.

### Construir puentes

Por tanto, por una parte superar el miedo paralizante de perder la propia identidad, el propio carisma y estar disponibles a compartir las propias riquezas con todos: «*La identidad no cierra, sino que es capaz de encender otros fuegos*»<sup>4</sup>; por otra parte, abrirse al diálogo con la cultura laica, como invita a hacer Benedicto XVI en su mensaje a los jóvenes reunidos en la plaza de Notre Dame en París con ocasión del acontecimiento titulado en el “Patio del Desconocido”: «*Hoy en día, muchos reconocen que no pertenecen a ninguna religión, pero desean un mundo nuevo y más libre, más justo y más solidario, más pacífico y más feliz. Al dirigirme a vosotros, tengo en cuenta todo lo que tenéis que decirnos: los no creyentes queréis interpelar a los creyentes, exigiéndoles, en particular, el testimonio de una vida que sea coherente con lo que profesan y rechazando cualquier desviación de la religión que la haga inhumana. Los creyentes queréis decir a vuestros amigos que este tesoro que lleváis dentro merece ser compartido, merece una pregunta, merece que se reflexione sobre él. La cuestión de Dios no es un peligro para la sociedad, no pone en peligro la vida humana. La cuestión de Dios no debe estar ausente de los grandes interrogantes de nuestro tiempo. Queridos amigos, tenéis que construir puentes entre vosotros. Aprovechad la oportunidad que se os presenta para descubrir en lo más profundo de vuestras conciencias, a través de una reflexión sólida y razonada, los caminos de un diálogo precursor y profundo. Tenéis mucho que decirnos*

*unos a otros. No cerréis vuestras conciencias a los retos y problemas que tenéis ante vosotros*».

Ante estos retos retorna la invitación insistente y fascinante a construir en la comunión espacios de diálogo y fraternidad donde, como dice C. Lubich, aludiendo simbólicamente a la imagen del mosaico: «*Cada uno de nosotros es como una tesela viva, que comprende, entiende su propio sitio, conoce el de los demás, y es consciente también del sentido que ella misma tiene dentro del conjunto. Es más, ve con evidencia que ella tiene valor sólo en el conjunto. Y al mismo tiempo le resulta claro que si faltara, el mosaico quedaría incompleto*»<sup>5</sup>.

El mundo tiene necesidad de Jesús. La petición: “Queremos ver a Jesús”, consciente o inconscientemente, está presente en la humanidad que siente la necesidad de encontrar el cielo en la tierra. Esto es posible realizarlo hoy mediante la unidad de todos «*con Dios y entre ellos: la presencia de Jesús en cada relación con los demás, además que en el alma de cada uno*»<sup>6</sup>. Una presencia que humaniza, que crea espacios de paz, que da esperanza. La “comunión” a todos los niveles y con todos los hombres «*es realmente la buena nueva, el remedio que nos ha dado el Señor contra la soledad, que hoy amenaza a todos; es el don precioso que nos hace sentirnos acogidos y amados en Dios, en la unidad de su pueblo congregado en nombre de la Trinidad*»<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> L. Bellaspiga, *Dio che non existi ti Prego*, Ancora, Milano 2006, p. 208.

<sup>2</sup> C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, pp. 77-78.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>4</sup> T. Catalá, *Attraversare le frontiere in compagnia di Gesù di Nazareth*, Roma, 11 marzo 2010.

<sup>5</sup> C. Lubich, *Un pueblo de santos*, Ciudad Nueva, Madrid 2001, p. 81.

<sup>6</sup> *Id.*, *La doctrina espiritual*, cit.

<sup>7</sup> Benedicto XVI, *El don de la “comunión”*, audiencia general (29 marzo 2006).

## Laicidad en Igino Giordani

*Alberto Lo Presti*

*Algunas pinceladas de la reflexión sobre el laico que precede y prepara el encuentro de una de las más importantes figuras del siglo XX católico con Chiara Lubich y el carisma de la unidad.*

### Laicado sacerdocio

A la cuestión del laicado y de la laicidad, Igino Giordani (1894-1980) no respondió solo con el pensamiento, con la especulación teológica o con elaborados puntos de vista eclesiológicos. Su vida y su experiencia humana hablan por sí solas, ya que, en este aspecto, en su compleja biografía destacan de modo especial las dificultades de haber vivido en un período histórico en el cual el papel de los laicos no era considerado relevante para la experiencia religiosa.

Por ejemplo, quién sabe cuánto le debió costar haber abandonado los estudios del seminario siendo adolescente, a causa del cierre del seminario menor de Tívoli y aceptar la alternativa de tener que volver a su propia ciudad para proseguir la enseñanza superior o trasladarse a Anagni. Para una familia con pocos recursos como la de Igino, la opción fue automáticamente continuar la formación clásica en el liceo local, donde enseñaban profesores ateos, maso-

nes y marxistas, además de otros buenos católicos.

Ciertamente, a Giordani no le arrebató ningún espíritu de resignación respecto a las finalidades propias del cristiano en orden a la evangelización. En cierto sentido, Giordani no fue “un sacerdote frustrado”, como alguno –incluso ahora que se estudia su vida con miras a la causa de canonización– ha creído poder concluir leyendo este trozo de su biografía. Está claro que la pregunta sobre las razones del abandono de los estudios seminarísticos admite implícitamente esta más polémica: “¿se trató de una crisis de vocación?”.

Con respecto a Igino Giordani, la respuesta salta inmediatamente en la conciencia: no, se trata de una vocación en vías de maduración. Sí, porque de Giordani deberíamos decir ante todo que fue un laico por vocación, y reveló este designio suyo en los momentos más duros de su existencia. La sed de radicalidad evangélica lo llevó a enfrentarse al enemigo en la guerra –duran-

te la I Guerra Mundial– con la seguridad de quien nunca dispararía un solo tiro contra otros, pues no matar es un mandamiento, y hay que reconocer el rostro de Dios en cada hombre, de cualquier uniforme.

Esta firmeza evangélica le costará cara: heridas casi mortales lo postrarán en el lecho de un hospital por mucho tiempo. Sumido en el dolor, su férrea voluntad de seguir el cristianismo parece vacilar. Es la ocasión para ir en profundidad en el diálogo con el crucifijo colgado de la pared, al cual Iginio pregunta el porqué del dolor que le sume a él y a toda la historia de la humanidad. Como sucede en tales ocasiones, es el momento para reconstruir el significado de su existencia sobre lo que verdaderamente importa: Dios, el ideal eterno, omnisciente, del cual se puede obtener la respuesta y razones fundamentales por las que emplear bien la propia vida. En las salas del hospital, entre los gritos desgarradores de los heridos, mientras transcurren tres largos años, una religiosa, providencialmente, le entrega un libro a nuestro joven y doliente Iginio. Habla de un laico proclamado beato: Contardo Ferrini, un jurista, un académico que entregó toda su vida por Dios.

¿Hay que volver nuevamente a la idea de laico? Si podía ser esta la conclusión obvia de aquel itinerario espiritual, en realidad Giordani camina por sendas originales y nuevas. Su obra no está dirigida a demostrar que el concepto de laicidad es mucho más amplio de lo que se piensa, y no atañe solo a una particular condición civil. Él procede al revés: para comprender qué es la laicidad, parte de la idea de sacerdocio real, común a todos los bautizados. Por tanto, la base del razonamiento de Giordani no es que todos somos laicos porque pertenecemos al pueblo de Dios, sino que todos estamos llamados a expresarnos a través de modos distintos inherentes al sacerdocio.

Haber ofuscado esa verdad es, al parecer

de Giordani, fruto de una injustificada separación que ha creído desarraigar el espíritu del cuerpo, el cielo de la tierra, la religión de la política, etc., según las conocidas dicotomías que aparecen con frecuencia en la literatura de Giordani. Todos somos miembros del único Pueblo de Dios, y todos estamos llamados a la santidad. Nos lo dice claramente la primera carta de san Pedro: «*Así está escrito: Seréis santos porque santo soy yo. Si llamáis Padre a quien, sin acepción de personas, juzga a cada cual según su conducta, conducíos con temor durante el tiempo de vuestro destierro*» (1P 1, 16-17). Pedro se refiere a todos los fieles, laicos y consagrados, que están llamados a la santidad y que son peregrinos en este mundo.

Esto quiere decir que aún antes de estar hechos para ser esposos, padres, madres, trabajadores, médicos, ingenieros u obreros, antes de todo eso, nuestra vocación nos llama a la santidad. ...Hay que dejar de pensar que la vocación es una especie de chispa mágica que sólo toca a los curas, a los frailes y a las monjas. Es para todos, y nos llama a la santidad allí donde estamos llamados a vivir las virtudes evangélicas, sea azuzando un caballo en el campo, o conectando una máquina automática en la fábrica, en una oficina, en la escuela, en casa, etc.

Hoy esta doctrina es característica de la exhortación apostólica *Christifideles laici*, que define la santidad de los laicos como «*primera y fundamental vocación*», pero ya estaba claro en Giordani desde los años veinte, y aflora de las densas e incisivas páginas de *Rivolta cattolica*, en la que él polemiza con

los católicos que vivían con atonía y escaso compromiso su fe, creyendo poder conciliar el paganismo futurista y fascista con los valores sagrados de la catolicidad.

Esto quiere decir que aún antes de estar hechos para ser esposos, padres, madres, trabajadores, médicos, ingenieros u obreros, antes de todo eso, nuestra vocación nos llama a la santidad. Firme en este pensamiento, el testimonio de Giordani es una invitación a cambiar un modo de pensar que existe incluso, a veces, dentro de la mentalidad de cualquier fiel. Hay que dejar de pensar que la vocación es una especie de chispa mágica que sólo toca a los curas, a los frailes y a las monjas. Es para todos, y nos llama a la santidad allí donde estamos llamados a vivir las virtudes evangélicas, sea azuzando un caballo en el campo, o conectando una máquina automática en la fábrica, en una oficina, en la escuela, en casa, etc. En el pensamiento de Giordani, pues, el laicado es «*monaquismo en guardapolvo*»<sup>1</sup>, y en sus vastos conocimientos patristicos, Giordani fundamenta en Juan Crisóstomo la convicción de que los laicos tendrían que vivir como los monjes, excepto el celibato.

Ironía de la historia: una de las principales aportaciones de Giordani a la renovación de la idea del laicado quería proponer la unidad entre la condición laical y la sacerdotal. El título del volumen al cual Giordani dedicó esta tarea era, en su mente, *Laicado sacerdocio*. Estamos en julio de 1964, la *Lumen gentium* aún no se había publicado (pues se hará en noviembre del mismo año), y para la *Gaudium et spes* habría que esperar todavía un año. *Laicado sacerdocio* parece un título demasiado pretencioso para aquellos tiempos, y el editor de *Città Nuova* prefirió colocar la conjunción “y” entre las dos categorías, de modo que el volumen saliera a la luz con el título más prudente de *Laicado y sacerdocio*, que a los ojos del lector menos atento podría causarle la impresión de una

renovada dicotomía entre dos conceptos que, sin embargo Giordani hubiera deseado presentar en su sólida unidad.

## Laicismo y Evangelio del trabajo

«*Monaquismo en guardapolvo*» significa instituir la cuestión de la laicidad en el Evangelio del trabajo. Se trata de un tema recurrente en la indagación de Giordani, que contextualiza a mediados del siglo xx, en el cual estaba difundida la interpretación materialista y socialista del trabajo humano. Es bueno precisar que en Giordani “materialismo” equivale a la doble acepción del paganismo materialista de las sociedades antiguas y del materialismo histórico y dialéctico que hay que afrontar en las sociedades laceradas ideológicamente del siglo xx.

El trabajo no consiste en la acción dictada por la necesidad, útil para procurarse el sustento. No se trata tampoco de un castigo divino, consecuencia del pecado original, que es lo que ha producido el cansancio, no el trabajo, como está escrito en el Génesis: «*Tomó Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase*» (*Gn 2, 15*). El trabajo está vinculado a la acción creadora de Dios: hombre y mujer, como imágenes del Amor trinitario en el universo creado, son el vértice de la creación, y el Creador les confía la tarea de ordenar según su designio la naturaleza creada (cf. *Gn 1, 28*).

En esto, como también dirá mucho más tarde la *Laborem exercens*, en el trabajo del hombre se refleja la acción misma del Creador del Universo. El trabajo, pues, como forma elevada de participación en la acción creadora de Dios. Los judíos –observaba Giordani– perseguían a Jesús porque actuaba en sábado. Pero Jesús les replicó: «*Mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo*» (*Jn 5, 17*). Nuestro trabajo está en estrecha conexión con la obra de Dios, y esto hace que

sea sagrado, elevándolo a misión específica de cooperación en la creación divina.

Recorriendo la historia de la revelación, Giordani pone de relieve cómo el pensamiento helenista concebía la idea del trabajo manual como una condición degradada del ser humano. Trabajar, en la práctica, significaba no ser libres, no estar llamados a una vida intelectual, especulativa, y por tanto estar lejos de la verdad. En Roma, el *otium* era considerado necesario para la formación del hombre virtuoso y para la actividad política. El *otium*, pues, era contrario al *negotium*, el trabajo, que era visto como línea de medición entre los que tenían plena dignidad y aquellos a los cuales se les negaba.

En cambio, en el cristianismo: *«En Jesús, hijo de Dios y fundador del cristianismo, el trabajo tuvo la más reconocida reivindicación: el trabajo, siguiendo su ejemplo, ya no será considerado degradante, indigno de hombres libres; es más, suprimida la igualdad que muy a menudo se establecía entre trabajo y esclavitud, se anuló, bajo este aspecto, la esclavitud misma, considerada entonces como una institución para realizar ciertas ocupaciones necesarias de la vida material y permitir a los libres atender las ocupaciones superiores, de la guerra, de la política y de la usura... Semejante jerarquía pagana fue barrida totalmente por la moral de la sociedad nueva, instaurada por el “artesano” de Nazaret, el “hijo del carpintero”»*<sup>2</sup>.

El mundo moderno es el que acentúa las diferencias, rompe la unidad del pueblo de Dios, asigna grados y títulos arbitrariamente, y traiciona de este modo el designio propio de la Iglesia en la historia. En esto —observa Giordani— consiste específicamente el proceso de secularización de la sociedad, con el consiguiente resultado de convertir la laicidad en una especie de nivel minusvalorado en el compromiso del cristiano.

Las palabras usadas por Giordani son fuertes: el laicado como proletariado de la Iglesia. Las descripciones del proceso tam-

bién lo son: la separación de religión y cultura no ofende la idea de hombre, sino que la mata: *«Cuando no se cree en Dios, ¿para qué sirve guardar su imagen?»*<sup>3</sup>. Para Giordani, la historia de la sociedad secularizada, laicista, no es otra que la historia de las matanzas, de las soluciones últimas, de los exterminios en masa. Es el vértice de la desacralización

*«...la esclavitud misma, considerada entonces como una institución para realizar ciertas ocupaciones necesarias de la vida material y permitir a los libres atender las ocupaciones superiores, de la guerra, de la política y de la usura... Semejante jerarquía pagana fue barrida totalmente por la moral de la sociedad nueva, instaurada por el “artesano” de Nazaret, el “hijo del carpintero”».*

en acción.

Pero, atención: *«junto a los desconsagrados actúan los consagrados»*<sup>4</sup>. Giordani no se está refiriendo a los sacerdotes, a las religiosas, a las monjas, a los frailes... sino a los *«libres, los cuales anhelan vivir la vida al completo, humana y divina»*<sup>5</sup>. A ellos se les ha asignado la tarea de *«concurrir en ordenar lo sagrado —lo divino— en la naturaleza»*, y por esa razón, concluye Giordani, *«el hombre fue creado para una función sacerdotal, de distribución de la vida de Dios en la naturaleza, de la cual derivaba el cuerpo del hombre... y toda persona ha de desempeñar tal ministerio»*<sup>6</sup>.

La función sacerdotal de cada uno se explica a través de dos sacramentos: orden sagrado y matrimonio. *«Con el primero se llega a ser mediadores entre Dios y los hombres; con el segundo se engendran otros hijos de Dios: candidatos a la santidad»*<sup>7</sup>.

Giordani personalizaba el motivo cómico tras las insidias de un modo equivocado

de concebir la relación del laico con la santidad. Por ejemplo, la autoridad eclesiástica reconoce los institutos de vida consagrada (órdenes y congregaciones religiosas) como institutos de perfección, o sea, asociaciones de hombres o mujeres que públicamente hacen los votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia. Son institutos de perfección –observaba Giordani–, definidos así justamente. Pero sería erróneo concluir que quien es casado o laico vive en un estado de imperfección. Si todos estamos llamados a la santidad, no puede existir la vida perfecta en el convento y la imperfecta en nuestras casas familiares, donde día a día vivimos con nuestros seres queridos, el cónyuge, los hijos, donde día a día nos vemos con nuestros compañeros de trabajo y con los amigos.

Es verdad que no todos estamos llamados a ser religiosos o sacerdotes, es decir a vivir la “vida de perfección”, pero todos estamos llamados a la *perfección de nuestra vida*: si estamos en la fábrica, tendremos que ser cristianos perfectos allí, amando a nuestros prójimos, siendo diligentes y honrados; si estamos en la escuela, allí es donde tendremos que vivir perfectamente el Evangelio, teniendo caridad con los estudiantes, amándolos uno a uno y ayudándolos a crecer, siendo servidores de la verdad en la enseñanza, promoviendo la comunión con los compañeros; si estamos en casa haciendo las camas, tendremos que santificarnos con perfección en ese ámbito, haciendo de nuestra casa una morada tan ordenada que pueda reflejar la armonía de la creación, y entrando en ella se pueda respirar una atmósfera casi sagrada, intensa de nuestra caridad para todos nuestros familiares y los huéspedes.

### El sueño se hace realidad

Durante un largo período del siglo pasado, los libros sobre patristica y sobre doctrina

social de la Iglesia firmados por Iginio Giordani se adoptaban en los seminarios como libros de texto. Corría la voz de que el autor de aquellos volúmenes era el Padre Giordani, probablemente un teólogo jesuita, porque un intelectual de aquel calibre, experto en temas de fe y autor de teología, famoso y estimado en la Iglesia italiana y en el Vaticano, debía ser como mínimo un padre jesuita.

Igino hacía chiste de estos rumores, confirmando su paternidad: «*Padre, sí, de cuatro hijos, los más vivarachos del barrio donde vivo*». Pero más allá de los episodios más o menos curiosos, Giordani fue un laico que a menudo tuvo que hacer cosas que, en aquellos tiempos, eran competencia de los sacerdotes o de los religiosos, como la dirección de la revista vaticana *Fides*. En sus escritos de los años 50 y 60, su pluma se detiene más de una vez en el redescubrimiento de la historia de la espiritualidad cristiana como tarea de los laicos.

En el horizonte de los grandes cambios históricos, con su bagaje de sufrimientos a la visión correcta de la moral cristiana, ha sucedido que del laicado han surgido respuestas útiles para el bien de la Iglesia y la renovación de la cristiandad. Así, cuando el afán de los negocios distraía a los hombres de los cuidados de las almas, un hijo de un comerciante de Asís fue el que tomó las riendas de la recuperación espiritual: un laico, Francisco. O bien, cuando tres siglos después, el cisma en la Iglesia y la guerra con el Islam ponían en peligro al mundo cristiano, un capitán español, Ignacio de Loyola, fue quien concibió una compañía a los enemigos de la fe: un laico, además con la carrera militar. Giordani trae varios ejemplos de este tipo, y su mismo trabajo hagiográfico va dirigido a veces al descubrimiento de la Iglesia que, en comunión entre todos los bautizados, halla las respuestas a los dilemas del presente.

Es verdad que no todos estamos llamados a ser religiosos o sacerdotes, es decir a vivir la “vida de perfección”, pero todos estamos llamados a la *perfección de nuestra vida*: si estamos en la fábrica, tendremos que ser cristianos perfectos allí, amando a nuestros prójimos, siendo diligentes y honrados; ...si estamos en casa haciendo las camas, tendremos que santificarnos con perfección en ese ámbito, haciendo de nuestra casa una morada tan ordenada que pueda reflejar la armonía de la creación, y entrando en ella se pueda respirar una atmósfera casi sagrada, intensa de nuestra caridad para todos nuestros familiares y los huéspedes.

Entonces, ¿en qué relación se han de encontrar los laicos respecto a los sacerdotes y a los religiosos? «*No se pretendió afirmar un igualitarismo exterior, que quiere decir uniformidad...; se pretendió actuar una comunión, la cual, poniendo al alcance de cada uno los valores de la santidad, los dones del Espíritu Santo, la sabiduría y la experiencia, hacia por todas partes, cada momento, del pueblo la Iglesia. En ella la jerarquía era la defensa de la unidad y el medio de la comunión*»<sup>8</sup>. Por tanto, la concepción eclesiológica de Giordani exalta la función de la jerarquía, de los sacerdotes, de los obispos, no la redimensiona.

Precisamente está convencido de que, para ver la jerarquía en la Luz más adecuada y completa, hay que considerarla en el cuadro de conjunto del cual forma parte: sólo la visión del todo da esplendor a las partes. En la práctica, ya no tiene sentido admitir separación alguna entre condición laica y clerical: «*Separando al hombre de Dios,*

*la edad nueva separó del clero al laicado, de la Iglesia al Estado. De donde resultó que el clero se clericalizó y el laicado se laicizó. Con la comunicación cada vez más escasa, se movieron en dos rutas paralelas, que a veces sólo se encontraron en los últimos sacramentos*». Por eso la comunión es una exigencia de los tiempos modernos, un dato de nuestras sociedades complejas y democráticas: «*En la atmósfera democrática también se requiere la exigencia de un apostolado pequeño, desde abajo: como un movimiento de la periferia hacia el centro, de las células al corazón: una recuperación de parte del proletariado espiritual. Nuestra época ha sido llamada la era de María; y María evangelizó, estando, como grano de trigo enterrado en la muchedumbre, permaneciendo en el silencio para que en él hablara la Palabra*»<sup>9</sup>.

El pensamiento más desarrollado de Igi-no Giordani sobre la cuestión del laicado es fruto del encuentro con la espiritualidad del Movimiento de los Focolares. En ella encuentra la vía para remontar hasta las cumbres más altas de la mística cristiana, descubriendo posibilidades que sólo había podido soñar antes de llegar a ser focolarino. Siguiendo a Chiara Lubich, el sueño pudo hacerse realidad: hacerse santos juntos, comprometándose codo con codo vírgenes y casados, laicos y sacerdotes, reunidos en la promesa de Jesús: «*Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18, 20).

<sup>1</sup> I.Giordani, *Laicato e sacerdozio*, Città Nuova, Roma 1964, p. 82.

<sup>2</sup> Id., *Il messaggio sociale del cristianesimo*, Città Nuova, Roma 2001, p. 266.

<sup>3</sup> Id., *Laicato e sacerdozio*, cit., p. 14.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>8</sup> Id., *Le due città. Religione e politica nella vicenda delle libertà umane*, Città Nuova, Roma 1961, p. 453.

# Sor Emmanuelle, el ángel de los traperos

*Darci Vilarinho, i.m.c.*

*Los santos de nuestro tiempo tienen un encanto especial. La vida de un testigo de Cristo es un gran milagro, un pedacito de cielo que señala el camino de la humanidad en la tierra. Una historia que ha dado consuelo y vida a mucha gente y es capaz todavía hoy de iluminar nuestro camino. Como Jesús y como muchos santos, también Sor Emmanuelle “pasó haciendo el bien”.*

«**S** IEMPRE deseé vivir radicalmente el Evangelio y servir a Cristo pobre en los pobres. Siempre he tenido como modelo a san Francisco de Asís, que vivió en pobreza y alegría. Durante muchos años de mi vida he sido profesora. Aunque vivimos con sencillez, las hermanas residimos en un convento, alimentadas y vestidas. A mí nunca me satisfacía esto: quería compartir realmente la vida de los más pobres de la tierra. Así, cuando en 1971 mi congregación confió el colegio Notre Dame de Sion a las religiosas del lugar, me sentí libre para seguir mi ideal. Tenía sesenta y dos años y me podría haber jubilado, pero obtuve de mis superiores el poderme establecer en una “bidonville” egipcia para compartir la vida de los más pobres: comer como ellos, habitar como ellos en una tienda muy pobre, vivir como ellos en la pobreza radical».

Es un resumen autobiográfico de Sor Emmanuelle, en el siglo Madaleine Cinquin, una mujer de nuestro tiempo, llena de experiencias humanas y cristianas.

Nace en Bruselas, segunda de tres hijos, el 16 de noviembre de 1908, de padre francés y madre belga. En septiembre de 1914, vive el peor trauma de su vida. Así lo describe ella: «Era un domingo por la mañana del otoño de 1914. Se acababa de declarar la I Guerra Mundial. Antes de llegar a su regimiento, papá quiso pasar unos días en familia en Ostende. Buen nadador, había decidido desafiar al Mar del Norte, agitado por fuerte oleaje. No resistió a una ola que lo arrastró hacia dentro. Recuerdo haber gritado en la playa, con mi hermana y mi hermanito. Gritamos con todas las fuerzas: “¡Papá, vuelve!” Pero él ya no nos podía oír. El mar nos devolvió su cuerpo al día siguiente. Mi padre, que representaba toda mi felicidad de niña afortunada, se ahogó ante mis ojos».

### De lo efímero a lo absoluto

La felicidad había cedido el sitio a la amargura. Luego confesará que aquel trau-



ma había estado en el origen de su destino. Conservó un agudo sentimiento de la precariedad de las cosas: *«Una niña ha comprendido de golpe, un domingo por la mañana, que no podemos asirnos a la espuma. En el inconsciente, mi vocación nació en aquel momento. He buscado lo absoluto, no lo efímero».*

Durante bastante tiempo, la buscó todavía en las cosas del mundo. *«Sentí el vacío desde muy joven. Me gustaba divertirme, bailar, ir al cine. Pero todo esto no me dejaba nada. Cuando vivía en Bruselas, a menudo daba una “escapada” a Londres. Me divertía. Volvía. ¿Y luego? Iba a París. Me divertía. Volvía. Y siempre estaba aquel vacío. El vacío que “mordía” mi juventud. Intenté llenarlo. Muy pronto busqué en Dios un amor duradero y sin límites, el que la vida terrena me había negado. Quise lo absoluto. El absoluto sería el amor de Cristo en mi corazón, que llevaría a miles de niños marginados por el mundo».*

El absoluto lo hallará en la vida religiosa. Su decisión la tomó en 1929. A los 20 años entra en las hermanas de Notre-Dame de Sion, una congregación creada en 1843 por T. Ratisbone, que gestionaba varios prestigiosos colegios de lengua francesa en países del Mediterráneo. A los veintitrés años emite sus votos religiosos y toma el nombre de Emmanuelle: *«Este nombre lo elegí yo. Emmanuelle significa “Dios con nosotros” y siempre me ha gustado, sin dudar nunca».* Después de doctorarse en la Sorbona, durante cuarenta años enseña literatura y filosofía en Estambul, luego en Túnez y después en Egipto, en colegios que ofrecían una enseñanza de calidad a los hijos de las clases pudientes de esos países. Ella que, siendo niña, había soñado con morir mártir o servir a los pobres, en esos años se limita a sensibilizar a sus alumnos para que se hagan cargo de las dificultades de las poblaciones más pobres de sus países.

La filosofía y la caridad fueron las grandes pasiones de esta hermana. En su libro

*Mon testament spirituel*, sor Emmanuelle da muestras de su formación filosófica haciendo referencias frecuentes a pensadores del pasado como Marco Aurelio, Pascal y Bergson.

### En la *bidonville* de los traperos

En 1971, a los sesenta y dos años, estando ya jubilada, conoce la verdadera pobreza de las “*bidonville*” de El Cairo. Este hallazgo la convierte en el “ángel de los traperos” de la metrópolis egipcia. Con el permiso de sus superiores, decide remangarse y ponerse al servicio de los últimos. Con sed de radicalidad, quiere trabajar entre los leprosos. Como el sanatorio está situado en una zona militarizada, necesita pedir la autorización del ministerio de sanidad, del ministerio de asuntos exteriores y del ministerio de defensa. Esto resulta demasiado complicado para ella. Una joven secretaria de la nunciatura le sugiere la *bidonville* de los traperos. Se dirige allí y se encuentra bien. Coloca sus pocos enseres en una pobre chabola de planchas de hojalata. La madre Emmanuelle es ahora sor Emmanuelle, la hermana de los traperos de El Cairo.

*«Muy pronto busqué en Dios un amor duradero y sin límites, el que la vida terrena me había negado. Quise lo absoluto. El absoluto sería el amor de Cristo en mi corazón, que llevaría a miles de niños marginados por el mundo».*

Durante doce años trabaja en Ezbet el-Nakhl, en la zona de Suez. Es tal vez la primera misionera que se ocupa de los recogedores de los desechos, los *zibellin*, de la inmensa periferia de El Cairo, una zona de mala fama. Calles llenas de fango, barrios malolientes, donde viven decenas de miles

de caiotas, de religión cristiano-copta, afanados en recoger los desechos de los millones de habitantes de la metrópolis. Sin reparar en el hedor que procede de las bolsas, buscan los desechos. Ellos mismos son un desperdicio... En medio de todo eso hay niños que se mezclan con los animales. A menudo se trata de niños abandonados por sus padres o huérfanos, generalmente enfermos. Dejemos que ella misma nos cuente su visión de aquella realidad: *«Cuando llegué allí, en medio de ellos, en la colina de Mukattam, se decía que eran todos bandidos, ladrones, fumadores de hachís, traficantes de droga y asesinos. La policía tampoco ponía los pies en aquel barrio. Cuando lo visité por primera vez, subiendo a pie por las calles embarradas, no vi más que a muchos niños en la miseria. En aquel mundo de chabolas no había ni escuelas ni dispensarios. No había nada de nada. Aquellos niños vivían en la calle, pobrísimo. Me dije que debía tratar de cambiar sus vidas».*

### La unidad es nuestra fuerza

En su trabajo diario, sor Emmanuele se da sin reservas. Su gran generosidad y la atención a los más pobres son fruto de un amor alimentado por su fe en Cristo. La fuente de esta extraordinaria entrega la encuentra en Dios, aquel Absoluto que ella buscaba de joven. No excluye a nadie en su obra de asistencia solidaria. Los coptos, llegados del Alto Egipto, son mayoría, pero ella actúa también con los musulmanes y se esfuerza por acercar a las dos comunidades. Su línea de conducta es clara: ningún proselitismo hacia los musulmanes, sino un esfuerzo de comprensión recíproca. En la puerta de su chabola cuelga una cruz y una media luna y la frase “Dios es amor”.

Alguien pensó que su objetivo era llevar a los ortodoxos a hacerse católicos, y no faltaron recelos de parte de los copto-ortodoxos o de parte de los musulmanes. En cambio,

por su parte, no ejercía ningún proselitismo, sino un compromiso por la unidad de todos: *«Durante los primeros tiempos de mi permanencia en el Mukattam, el patriarcado copto-ortodoxo trató de ponerme palos en las ruedas. Me habían pedido que me marchara, pero dije que no me movería. Tengo mucho respeto por las otras cofesiones religiosas, y siempre he tratado de ayudar a los copto-ortodoxos... También los musulmanes desconfiaban al principio, pero han visto que siempre he enseñado el respeto. En las escuelas tenemos cursos de religión tanto para cristianos como para musulmanes. No he hecho prosélitos para la Iglesia católica, pero hoy los ortodoxos y los musulmanes del barrio están en buenas relaciones».*

El contacto con las distintas culturas a lo largo de su vida enseñó a sor Emmanuelle el respeto hacia todos, incluidos los que piensan de otro modo. Decía que *«contrariamente a lo que escribió Jean-Paul Sartre, los otros no son el infierno. Son el paraíso, si hay al menos un poco de amor. He pasado veinte años de paraíso entre mis traperos».*

Tenía un modo muy directo y cándoro de hablar, sin divagaciones. Era una de sus características que más le hacía ser apreciada por la gente. Su secreto estaba en la caridad, en compartirlo todo. Y el secreto de su caridad era el amor a María, aprendido muchos años antes, cuando había entrado entre las hijas de Nuestra Señora de Sion. En Ella encontraba el modelo de servicio, de humildad y de total gratuidad. Como en el cuadro de la Anunciación del Beato Angélico, que tanto quería y que tenía ante los ojos de su corazón antes de abandonarse a Dios con las manos juntas.

Por la noche, después de una jornada laboriosa al servicio de todos, en su oración, no olvidaba a nadie, sino que prefería a los más pobres: *«Señor, heme aquí, delante de Ti con los hombres y las mujeres, mis semejantes, porque son mis hermanos y nis hermanas. Son todos pobrecillos que querrían cambiar de vida,*

*pero no pueden: drogadictos, decepcionados, mujeres de mala vida, todos los que no logran resistir al mal, ladrones y asesinos, todos los que han perdido la fe, la esperanza, el amor..., y sufren por ello.*

*Señor, tú nos miras aún con aquella mirada de amor que diste a la mujer adúltera, a la Samaritana, a María Magdalena, al ladrón crucificado junto a Ti*

*Desde el abismo en que hemos caído, te gritamos: ¡Sálvanos, que Tú nos amas!*

*¡Señor, Tú has dicho que no has venido para los justos, sino para los pobres, los enfermos, los pecadores, para nosotros!*

*Señor, yo me abandono a Ti, porque estoy segura de Ti, tengo la certeza de que Tú nos salvas, estoy convencida de que a cada uno de nosotros, pobrecillos, el día de nuestra muerte, nos susurrarás: “¡Esta noche tú estarás conmigo en el Paraíso!”.*

## «Aspirar al amor del corazón de Dios»

En 1993, sor Emmanuelle ya tiene 85 años. Sus fuerzas ya no son las de antes. Después de veintidós años de trabajo, la superiora general le pide que deje El Cairo y vuelva a Francia. Ella obedece, pero confiesa que esta marcha le cuesta mucho. En varias ocasiones repite que le habría gustado “morir con sus traperos”. Deja su barrio en manos de la religiosa copta Sarah, que tanto la había ayudado. De ahora en adelante será una religiosa “orante”, una “hermana universal” unida con la oración a los pobres del mundo entero. Otros continuarán su servicio, pues en 1980 había fundado la Asmae-Asociación Sor Emmanuelle, que hoy es una ONG que trabaja en varios países del mundo.

Pero en Francia no consigue estar tranquila. Siempre con la intención de despertar las conciencias y recoger fondos, continúa su labor escribiendo libros, dando conferencias e interviniendo en la televisión. No

abandona de ningún modo su ayuda a muchas situaciones de pobreza en diversas partes del mundo y el apoyo a los sin techo e inmigrantes irregulares en su país.

*«Nunca habría pensado fundar obras o estructuras. Quería vivir pobre, tratando de testimoniar a Cristo con la vida, amando a todos del mismo modo y respondiendo a las necesidades de las personas que Dios ponía en mi camino. Ahora que la edad me hace vivir en la perspectiva del encuentro con mi esposo, y las fuerzas físicas se debilitan, no me queda más que tratar de irradiar amor».*

Sin quererlo, se convierte en una figura mediática. Pero sobre todo –esto sí lo quiere– es mensajera de los pobres y dispensadora de una inamovible fe en el hombre, hasta el punto de ser aceptada fácilmente por creyentes y por no creyentes. Para el imaginario colectivo era la Madre Teresa nacional. En enero de 2002 es nombrada comandante de la Orden de la Legión de Honor.

En su humildad, confesará: *«Nunca habría pensado fundar obras o estructuras. Quería vivir pobre, tratando de testimoniar a Cristo con la vida, amando a todos del mismo modo y respondiendo a las necesidades de las personas que Dios ponía en mi camino. Ahora que la edad me hace vivir en la perspectiva del encuentro con mi esposo, y las fuerzas físicas se debilitan, no me queda más que tratar de irradiar amor. No ceso de agradecer al Señor mi vejez. Hoy, aún más que en el pasado, puedo ser plenamente hermana de todos los que me encuentro cada día, sean los barrenderos de El Cairo o los hombres y mujeres de nuestra Europa. Debo solamente escuchar, ahora que mis manos marchitas no son capaces hacer otra*

*cosa, y desear el bien. Esta es ahora mi misión, después de haber caminado por los caminos del mundo: aspirar al amor del corazón de Dios, respirarlo dentro de mí y después difundirlo alrededor, como una luz que no se apaga y que ilumina la noche».*

### Una semilla de eternidad

Luego, rezando, en el silencio de su comunidad, se preparará para el último encuentro con Aquel que siempre guió su vida. En una entrevista para Radio Vaticano, declara que no siente miedo a la muerte, y lo justifica así: *«Creo que, cuando estamos seguros de que hay un gran amor que nos rodea, cuando estamos seguros de que Dios nos espera en su amor, esto da a la idea de la muerte un significado totalmente distinto: sé que voy hacia un gran amor, y por tanto, esto me ayuda enormemente, porque al final no tengo miedo a la muerte. La muerte es hermosa, no me da miedo. Pero confieso que a lo que tengo miedo es a la agonía: no sé cómo será mi muerte, pero es la agonía lo que me causa temor. Mas esto no importa, estoy preparada. Siempre he rezado a la Virgen recitando el Rosario miles de veces y diciéndole: “Ruega por nosotros, pobres pecadores,*

*«Hasta su último aliento, ha sabido dar prueba, incansablemente, de una inmensa energía y de una fe inquebrantable... Recuerdo un propósito que había señalado en una de sus obras: “Siento un inmenso reconocimiento hacia todos aquellos que me han enseñado que el amor es más fuerte que la muerte y que contiene una semilla de eternidad”. Siguiendo su ejemplo –concluye el arzobispo–, no cesaremos de actuar en favor de los más pobres y de testimoniar el amor de Dios a los hombres».*

*ahora y en la hora de nuestra muerte”.* Por eso estoy segura de que Ella estará conmigo en el momento de mi muerte».

Muere el 20 de octubre de 2008, en Caillan (Francia), cuando faltaba menos de un mes para que cumpliera cien años.

Su muerte suscita emoción y pésame en muchos que la conocían y que seguían su obra. Aunque ella había pedido funerales discretos y modestos, para el último adiós se dispusieron cerca de dos mil asientos en la iglesia, solo para acoger a las personalidades. Fuera de la iglesia de Notre Dame hay una multitud inmensa. Es el último homenaje de Francia a Sor Emmanuelle, un verdadero y auténtico icono de la caridad cristiana para con los más marginados.

La Iglesia francesa, a través de sus obispos, expresa toda su gratitud por este “testimonio de amor” que Sor Emmanuelle ha dado con su vida “enteramente consagrada a Dios y a los demás”. El card. André Vingt-Trois, arzobispo de París, en la despedida la llama *«mujer de corazón y de acción que echaremos en falta»*. Una mujer que *«ha sabido movilizar a sus contemporáneos en favor de los más desheredados con su hablar lleno de candor y su sencillez. Hasta su último aliento, ha sabido dar prueba, incansablemente, de una inmensa energía y de una fe inquebrantable... Recuerdo un propósito que había señalado en una de sus obras: “Siento un inmenso reconocimiento hacia todos aquellos que me han enseñado que el amor es más fuerte que la muerte y que contiene una semilla de eternidad”. Siguiendo su ejemplo –concluye el arzobispo–, no cesaremos de actuar en favor de los más pobres y de testimoniar el amor de Dios a los hombres».*

Sor Emmanuelle estaba preparada para su encuentro con Dios. Había aprendido a verlo no solo en la oración de cada día y en su palabra, sino también en todo rostro que lleva sus marcas. Ahora, con plena confianza, podía arrojarse, como una niña, en los brazos del Padre.

# Es más lo que recibo

*Nacho Gómez Moreno, t.o.r.*

*Han pasado casi 15 años que dejé de estar en las fraternidades que la Tercera Orden Regular tiene en España y comencé a vivir en las que tenemos en el Perú. En mí no estaba el deseo de ser misionero. No me identifico con ello. Era más bien el deseo de hacer concreto algo que siempre he sentido que Dios me pedía y que se ubica en la base de mi vocación: servir y vivir entre los pobres.*

### **Lima, lugar de grandes retos**

Los primeros meses me encontré acompañando a los jóvenes en formación, que ya habían hecho sus primeros votos en una fraternidad en Lima, la capital. Allí pude conocer todas las facetas de la pobreza y pude experimentar cómo ésta afecta a todo el ser humano. Descubrí que la pobreza más severa era la que hace perder a la persona su dignidad y con ella la confianza de que vale y merece ser respetada. Pude conocer a religiosos y religiosas, sacerdotes y laicos que se la jugaban a favor de los demás. Hombres y mujeres cuyo tiempo no les pertenecía, con miedo a meterse en determinados ambientes y al mismo tiempo con una enorme fuerza interior y una gran capacidad de ayudarse recíprocamente a la hora de lograr aquello que no pueden solos. Lima fue el lugar de los grandes

retos... las horas en un hospital con un hombre recogido en la calle, o en la comisaría para que una joven empleada del hogar pudiera presentar su denuncia por acoso, o en el hospital con un joven esperando el resultado de un análisis de sida... A veces tenía la impresión de poder poner un rostro a situaciones que hasta entonces había conocido por los libros o por las películas.

### **Huamachuco, en los Andes**

La apertura de otra fraternidad nos llevó a una nueva distribución de los hermanos que vivíamos en el Perú y pasé a Huamachuco, capital de la Provincia de Sánchez Carrión, en los Andes, a 3.250 metros sobre el nivel del mar. Allí, desde hace poco más de 50 años, los hermanos estamos al servicio de la Prelatura y de las personas que vi-

ven en su territorio. En el marco de un paisaje hermoso luchan por vivir en medio de la miseria más grande decenas de miles de familias. El campo es duro para el trabajo y, exceptuando pocos terrenos en valles, la mayoría ocupan cerros en los que sólo el trabajo manual de la tierra puede producir algunos frutos. Tampoco ofrece muchas oportunidades para algo que no sea sobrevivir, y la misma dureza del clima, la altura y las condiciones de vida llevan a las personas a formas de vida en las que no dejan de hacerse presente la violencia, la falta de afecto, la soledad y el abandono. Sin que lo anterior deje de ser cierto, está presente en todos un fuerte sentido comunitario, especialmente en las desgracias; una piedad profunda, un fuerte deseo de Dios, el amor por sus tradiciones y el deseo de que en la fiesta se puedan expresar con libertad todas las emociones que en la dura condición de cada día no se expresan.

No es fácil estar entre ellos. Las diferencias son muchas, a mí las que más me cuestan son las que vienen de rasgos de su mentalidad o estilos de vida, que tengo la certeza de que no les ayudan a crecer y a progresar. En esos momentos, que son muchos, el vivir “no juzguen y no serán juzgados” me ayuda a comenzar de nuevo y a ver lo que ellos hacen como algo de lo que puedo aprender. He descubierto así que muchas de las formas de organizarse o de vivir tienen más capacidad de relacionarse bien con un medio tan hostil que las mías; que lo que a mí me parece atraso se muestra menos adaptado que lo que ellos, por años, llevan viviendo.

### **“Me he hecho todo a todos...”**

Tampoco lo es anunciar el Evangelio y llevarles la vida que la Iglesia propone. Los campesinos viven una religiosidad muy peculiar... y lo que nosotros proponemos es

también muy peculiar. La primera tentación es la de “arrancar y plantar”, la de no participar en ciertas manifestaciones o la de ponerse en contra de ciertas costumbres que para ellos son cristianas, pero que no encuentran en el Evangelio su fundamento. “Me he hecho todo a todos para ganar, sea como sea, a unos pocos”, se ha mostrado siempre la actitud de acercarme a esas formas de expresión. Recojo lo que vale y lo aprecio como la ocasión para construir. Miro más allá, aprendo la paciencia del que siembra y ha de esperar que la tierra y la semilla hagan su proceso, tomo conciencia de que las plantas no crecen si se les tira del tallo, sino si se las riega, cultiva y prepara el ambiente. Aprendo que en el “no vale todo” hay aún la posibilidad de encontrar lo que vale y compartirlo, y ayudar a desarrollarlo, y mostrar su belleza. Y así, el bautismo de un niño “para que se le pase el susto” o “para que deje de llorar”... o que te pidan “sangre de Cristo” para que el niño que no habla comience a hablar... tienen siempre detrás a alguien que necesita ayuda, que merece ser escuchado, y que, acercándose a la Iglesia puede encontrar en ella más de lo que viene a buscar: una relación basada en la oferta del amor misericordioso de Dios.

### **En el Centro de Espiritualidad “Claritas”**

Pasé así casi siete años, que terminaron con un periodo en el Centro de Espiritualidad Claritas, en la ciudadela de testimonio que el Movimiento de los Focolares tiene en Loppiano (Florencia). Nueve meses para poder tener la certeza de que elegir a Dios es lo que da sentido a cada una de las acciones y para renovar en cada ocasión la elección de Aquel que se hizo pobre, hasta el punto de gritar: “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”.

## “Ni mejor ni distinto de ellos”

Volviendo al Perú se inicia una experiencia totalmente nueva. Voy a la fraternidad de la ciudad de Trujillo y mi trabajo como profesor auxiliar de psicología en la Universidad me permite entrar en otro mundo. Lo que he vivido me sirve. Las personas son las mismas, independientemente de la forma en que conduzcan su vida, expresen su sed de Dios y manifiesten su necesidad de amar y ser amados. Junto con dos hermanos de la fraternidad tengo la suerte de trabajar en el penal de la ciudad y a lo largo de tres años de contacto con los internos, los funcionarios y los otros agentes de pastoral, tomo conciencia de la verdad del Evangelio y sus promesas. Comprendo entre los presos que el “perdonad y seréis perdonados” funciona, y que la paz que se pierde y la conciencia que remuerde encuentran en el perdón una alternativa que reconstruye a las personas. Tomo conciencia de que no soy mejor ni distinto de ellos, y que en el penal me debo a todos: presos, familias, funcionarios.

## De nuevo en Huamachuco

Desde hace tres años he regresado a la fraternidad de Huamachuco. Esta vez para comenzar una experiencia de servicio en una escuela, donde entro en relación con una familia de más de 600 alumnos (de educación especial y regular), 32 personas trabajando, los padres y las familias de cada uno, y el vecindario que nos rodea. Los pobres entre los que vivo y a los que sirvo son estos. También de ellos aprendo. Entiendo que debo dar cuanto puedo para hacer que lo que dan los padres con esfuerzo (el que más da son 7 euros al mes) tenga el máximo efecto. Aprendo que tan importante como lo que digo es la forma en que lo digo. Que quiero hacer mi parte para dar a cada uno la mejor escuela posible para nosotros.

Han pasado 15 años. Doy gracias por cada instante, por cada prueba, por cada persona, por cada logro... y sigo. Tengo la certeza de que soy enormemente afortunado: Recibo más de lo que doy. Y lo quiero todo.

*«La sacralidad de la persona no puede ser aniquilada, por más que sea despreciada y violada tan a menudo. Al tener su indestructible fundamento en Dios Creador y Padre, la sacralidad de la persona vuelve a imponerse, de nuevo y siempre.*

*De aquí el extenderse cada vez más y el afirmarse siempre con mayor fuerza el sentido de la dignidad personal de cada ser humano. Una benéfica corriente atraviesa y penetra ya todos los pueblos de la tierra, cada vez más conscientes de la dignidad del hombre: éste no es una “cosa” o un “objeto” del cual servirse; sino que es siempre y sólo un “sujeto”, dotado de conciencia y de libertad, llamado a vivir responsablemente en la sociedad y en la historia, ordenado a valores espirituales y religiosos.*

*Se ha dicho que el nuestro es el tiempo de los “humanismos”. Si algunos, por su matriz atea y secularista, acaban paradójicamente por humillar y anular al hombre; otros, en cambio, lo exaltan hasta el punto de llegar a una verdadera y propia idolatría; y otros, finalmente, reconocen según la verdad la grandeza y la miseria del hombre, manifestando, sosteniendo y favoreciendo su dignidad total».*

Juan Pablo II, *Chistifideles laici*, 5.

## Dialogar con «quien no cree»

*Franz Kronreif*

*La voz de las personas de convicciones no religiosas no debe faltar en un movimiento católico. La experiencia del Movimiento de los Focolares.*

**J**AMÁS me hubiera imaginado que una religiosa fuera capaz de pensar» decía S., un estudiante austriaco, que formaba parte del grupo del Movimiento de los Focolares en el *forum* social mundial 2011 en Dakar. Porque una joven religiosa senegalesa había hecho, en efecto, una pregunta muy concreta a Walter Maier, actual coordinador de “transform europe” y exdirigente del Partido Comunista austriaco, obligándole a exponer de manera clara las semejanzas entre el ideal cristiano y el marxista a la luz de su experiencia de diálogo con el Movimiento de los Focolares que comenzó hace ya doce años: «Lo que he aprendido [de los proyectos de los Focolares] es que la solidaridad parte de lo concreto, comenzando por los más necesitados. ¡Por consiguiente ningún comunismo, ningún marxismo sin este sentido de empatía! La opción por los pobres es más que el simple amor por el prójimo, porque quiere decir ver el mundo con los ojos de los más necesitados.

*Tenemos necesidad de una ética y una moral*

nuevas y desarrollar en el diálogo el sentido de la vida. Nadie puede imponer una autoridad para llevar adelante su propia idea y nadie puede dictar la dirección, sino que debemos incrementar el diálogo, uniendo las fuerzas para cambiar la ética. Después también se requiere de una política y un cambio de las leyes económicas.

*Se requiere propiamente el amor, para ser capaces de hacer política no solo de una manera profesional, o sea, sabiendo sólo maniobrar los mecanismos de la política... Se requiere dedicación. Sin el amor no funciona ningún cambio de estructuras. Llamémoslo como queramos: fraternidad, amor, solidaridad».*

Que Marga Ferré, de Izquierda Unida (Partido Comunista español) esté de acuerdo con Baier, nos hace ver que esta apertura suya ya no es solo un interés personal. Más aún, él siente incluso una especie de imperativo de parte de Chiara Lubich, que en abril de 2007 lo animó a abrir y llevar adelante un diálogo sobre valores comunes entre cristianos y marxistas, en vistas de una Europa unida.



## Del diálogo a la unidad

Hasta aquí hemos hablado de diálogo, pero en el Movimiento de los Focolares hay más. Las personas de convicciones no religiosas no son consideradas solo como asociados simpatizantes, pero que después permanecen al margen. Pueden integrarse en las diversas ramificaciones del Movimiento, compartiendo los objetivos y –según la propia conciencia– incluso los puntos básicos de la espiritualidad de la unidad.

Ellos mismos son los que piden un camino exigente de crecimiento espiritual. Cuando esto sucede ya no se habla de diálogo, sino de unidad, que algunos “socios fundadores” construyeron con Chiara Lubich, que sentía por ellos un amor de predilección totalmente especial.

En un mensaje al congreso de 1992, con el título “Construir juntos un mundo unido”, la fundadora de los Focolares escribe a las personas de convicciones no religiosas: *«... aunque es una misma cosa, nuestro Movimiento presenta también varias componentes, cada una de las cuales expresa una realidad diversa en el coro y en la armonía del conjunto. Este congreso reúne a una representación de aquellos amigos o hermanos nuestros (más de 100.000) de distintas culturas que, si no muestran en general interés por una fe religiosa, no son ciertamente indiferentes a las grandes, inmensas problemáticas de nuestro tiempo. Más aún, tienen la disposición de poner sus fuerzas, los tesoros de su corazón y de su saber al servicio de la humanidad... En este momento todo el Movimiento está con vosotros y os mira. Vuestra participación en nuestra Obra es esencial para nosotros. Sin vosotros (como sin sus otras componentes) perdería su identidad. Es necesario pues, que demos lo mejor de nosotros y que crezcamos en número en todo el mundo»<sup>1</sup>.*

Personas con un credo de tipo no religioso tienen, por tanto, que decir su pala-

bra y su presencia es esencial para el Movimiento de los Focolares. La participación de ellos en las diversas expresiones del Mo-

*«... Aunque es una misma cosa, nuestro Movimiento presenta también varias componentes, cada una de las cuales expresa una realidad diversa en el coro y en la armonía del conjunto. Este congreso reúne a una representación de aquellos amigos o hermanos nuestros (más de 100.000) de distintas culturas que, si no muestran en general interés por una fe religiosa, no son ciertamente indiferentes a las grandes, inmensas problemáticas de nuestro tiempo. Más aún, tienen la disposición de poner sus fuerzas, los tesoros de su corazón y de su saber al servicio de la humanidad...».*

vimiento está contemplada en los estatutos generales, aprobados por la Santa Sede. Entre los 100.000 amigos hay cerca de 1.000 que participan regularmente en manifestaciones de los Focolares, se encuentran en grupos de diálogo o participan en diversas iniciativas. Entre estos un centenar se identifica de modo firme con los fines y el espíritu del Movimiento, actuando la invitación a dar lo mejor de sí mismos y acrecentar el número.

La predilección por las personas de convicciones no religiosas nace del amor de Chiara Lubich por Jesús Abandonado en la cruz. El diálogo parte de un amor sin límites y sin segundas intenciones. En el congreso de 1998, Chiara aclaró la diferencia entre tolerancia y diálogo: *«Naturalmente, el diálogo es verdadero, si está animado por el amor verdadero. Ahora bien, el amor verdadero es verdadero si es desinteresado; si no, no es amor... Es*

*egoísmo... que busca tal vez un interés en el amar, también en el mismo diálogo. Sería un diálogo construido sin amor, por tanto no sería un diálogo, sería otra cosa: proselitismo. El proselitismo debe estar fuera de esta puerta, no puede existir porque de lo contrario no hay diálogo. El diálogo significa amar, donar lo que tenemos dentro por amor al otro, y luego también recibir, enriquecerse»<sup>2</sup>.*

### Un camino de traducción

En un camino de varios años, iniciado por Chiara, se comenzó a traducir las líneas de la espiritualidad focolarina en conceptos y términos laicos. Dios-Amor y la elección de Dios era traducido por “elección de los valores absolutos”, seguir el rayo de la voluntad de Dios se traducía por “escucha de la conciencia”, etc.: *«Sé que estáis profundizando algunos puntos de la espiritualidad del Movimiento de los Focolares, manifestados por Dios en los primeros años de nuestra experiencia, origen de todo sucesivo desarrollo del Movimiento. Igualmente esencial es profundizar en los valores humanos fundamentales, base de todo progreso humano y social, en los que nos reconocemos todos nosotros. Nuestra relación aún puede llegar a ser más estrecha si nos iluminamos recíprocamente sobre el respectivo valor de la conciencia personal y comunitaria, esa voz interior que puede guiar nuestros pasos»<sup>3</sup>.*

“El arte de amar” es un concepto común tanto en Chiara Lubich como en pensadores laicos como Erich Fromm. Pronto nos comprometeremos en la traducción de otro eje de la espiritualidad de la unidad: “Jesús en su abandono del Padre” en la cruz. Los contenidos de estos puntos son reflexionados, elaborados y vividos durante el curso de tres años por los distintos grupos de diálogo en los varios continentes. Al final se presentan a un pú-

blico más vasto en un congreso internacional.

Este camino común se fundamenta sobre otro mensaje de Chiara: *«Para nosotros, por nuestra fe... Jesús es Dios y Hombre al mismo tiempo. Y, si miramos especialmente a Dios en Él, cuando tratamos, dialogamos con otros cristianos o con fieles de otras religiones, también dirigimos la mirada sobre el Hombre-Jesús cuando deseamos comprometernos con vosotros por el bien del hombre, por sus necesidades, pero también cuando queremos comprender sus inmensas posibilidades y sus valores»* (2001).

Y tres años más tarde añade: *«Sabed, queridísimos amigos de convicciones no religiosas, que sin vosotros el Movimiento de los Focolares perdería su identidad. De hecho, vosotros poseéis en gran medida aquellos valores humanos y preciosos que quisiéramos llegaran a ser patrimonio de muchos y que son esenciales a nuestro común ideal: la fraternidad universal»* (2004).

Más que en conceptos, estos amigos traducen la herencia de Chiara Lubich en realizaciones concretas, más aún en un estilo de vida. Como el compromiso de un alcalde por las necesidades de personas o grupos que son de una orientación política diversa a la suya, llevando a la práctica el apremio de Chiara de *«amar el partido del otro como el propio»*. Como el grupo de médicos que colabora gratuitamente con el hospital de Fontem en la selva tropical del Camerún, o el músico catalán que es punto de referencia para un conjunto musical de adolescentes. Otros trabajan en favor de la gente marginada en los varios continentes, vendiendo objetos de artesanía de Belén o montando una librería móvil en una zona subdesarrollada de América Latina. Como no creyentes combaten por la libertad de expresión religiosa para los inmigrantes en Europa, etc.

*«Debe existir un entendimiento entre Chiara y los ateos, una experiencia común, si no, no se ex-*

*plica*», comentaba el obispo auxiliar de Graz, Franz Lackner, al conocer el profundo vínculo entre Chiara y los amigos de convicción no religiosa.

Volvamos a Dakar y al estudiante ateo. Estábamos hospedados por los Oblatos de María Inmaculada. Giuseppe, el responsable de la provincia religiosa nos había preparado magníficamente la habitación y todo. Normalmente era él el que se ocupaba en servir en la mesa a nosotros y a sus compañeros de comunidad, además de otros muchos servicios. El clima de fraternidad que encontramos en aquella casa no era

sólo ocasional. «*¡Qué maravilla estar en un país totalmente desconocido y tener un lugar donde encontrarse verdaderamente en casa!*», exclamaba S. la tercera noche de nuestro viaje de vuelta del *forum* social mundial en la casa de los Oblatos.

<sup>1</sup> C. Lubich, *Messaggio al congresso*, in C. Dal Rì – A. Diana (edd.), *Costruire insieme un mondo unito. Atti del congresso 2-3 maggio 1992*, Città Nuova, Roma 1992, pp. 13-14.

<sup>2</sup> Id., *Risposta sul non proselitismo* (8 febbraio 1998), in C. Dal Rì – A. Diana (edd.), *Atti del corso di approfondimento per "amicis del dialogo"*, cit., p. 20.

<sup>3</sup> Id., *Messaggio* (6 aprile 2006).

*«Es cierto, sin embargo, que en la edad moderna, junto a este humanismo cristiano que ha seguido produciendo significativas obras de cultura y arte, se ha ido también afirmando progresivamente una forma de humanismo caracterizado por la ausencia de Dios y con frecuencia por la oposición a Él. Este clima ha llevado a veces a una cierta separación entre el mundo del arte y el de la fe, al menos en el sentido de un menor interés en muchos artistas por los temas religiosos.»*

*Vosotros sabéis que, a pesar de ello, la Iglesia ha seguido alimentando un gran aprecio por el valor del arte como tal. En efecto, el arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa. En cuanto búsqueda de la belleza, fruto de una imaginación que va más allá de lo cotidiano, es por su naturaleza una especie de llamada al Misterio. Incluso cuando escudriña las profundidades más oscuras del alma o los aspectos más desconcertantes del mal, el artista se hace de algún modo voz de la expectativa universal de redención.»*

*Se comprende así el especial interés de la Iglesia por el diálogo con el arte y su deseo de que en nuestro tiempo se realice una nueva alianza con los artistas, como auspiciaba mi venerado predecesor Pablo VI en su vibrante discurso dirigido a los artistas durante el singular encuentro en la Capilla Sixtina el 7 de mayo de 1964. La Iglesia espera que de esta colaboración surja una renovada «epifanía» de belleza para nuestro tiempo, así como respuestas adecuadas a las exigencias propias de la comunidad cristiana.»*

Juan Pablo II, *Carta a los artistas* (1999), 10.

# Fraternidad, cultura y solidaridad en Albania

### *Donika y Luan Omari*

*El compromiso común de creyentes y no creyentes por la fraternidad universal. El testimonio de dos exponentes del mundo cultural albanés.*

**Donika** – En marzo de 1992 me encontraba en el Colegio Internacional de Traductores en Procida y allí conocí el Movimiento de los Focolares. Pensé: En el calor humano del focolar está la salvación para nosotros los albaneses. Somos pobres porque estamos divididos, y sólo la unidad entre nosotros puede llevarnos al progreso. Luego, conociendo mejor esta aventura de la unidad, tuve la impresión de un escuadrón de personas que, dándose la mano unos a otros, crean la mentalidad del futuro. Personas que se comprenden, que no se malinterpretan, en las cuales puedes tener plena confianza, como en un hermano o en un verdadero amigo. Estar rodeados de la benevolencia, dar y tener sin ningún prejuicio de raza, de clase social, de ideología o de nacionalidad: todo esto ha sido y es para mí el Movimiento de los Focolares y su fundadora Chiara Lubich.

Durante muchos años he traducido al albanés la “Palabra de vida”, la frase del Evangelio comentada cada mes por Chiara.

Algunas palabras tuyas me han tocado profundamente: «Para obtener una respuesta del cielo, hacen falta varias personas, una comunidad»; «Ponte de acuerdo con tus seres queridos, con quien te comprende o comparte tus ideales y... después de estar dispuestos a amaros como el Evangelio manda, así, unidos, pedid a Dios». Chiara, con la intuición de la verdad y la profundidad de pensamiento, ha encontrado las palabras adecuadas para hacer comprender a las personas un slogan conocido desde la antigüedad: “La unidad hace la fuerza”, una realidad tan sencilla y, a pesar de todo, tan difícil de vivir.

«Sed cumplidores de la palabra, y no solo oyentes» es una de las bellísimas palabras del Evangelio con las cuales Chiara nos ha recordado lo que representa Madre Teresa de Calcuta: el amor en acción. Lo dijo también el papa Juan Pablo II: «Donde hay un corazón, hay brazos». Tres personalidades que han sabido encontrar palabras verdaderas y han sido capaces de testimoniarlas con toda su vida.

Puedo decir que desde los primeros tiempos de la apertura del Movimiento hacia personas de convicciones diversas –participé en el primer congreso de 1992 en Castel Gandolfo–, este diálogo nos ha conduci-

plia y estrecha colaboración: debemos intentar conseguirlo todos juntos<sup>1</sup>.

**Luan** – Conocí el Movimiento de los Focolares en 1992 a través de mi mujer Donika, presentándome después al primer focolarino que vino a Albania. Aun viniendo de una familia de origen musulmán, y siendo no creyente, me atrajo el espíritu de amor y de fraternidad de que está impregnado el Movimiento. En particular, leyendo los escritos de Chiara Lubich y escuchando alguno de sus discursos, me impresionó su clarividencia y su carisma.

En línea con las decisiones históricas del Concilio Vaticano II, Chiara ha tenido un papel importante en el desarrollo del diálogo con los creyentes de las demás Iglesias cristianas, y después también con los creyentes de otras religiones, como los musulmanes y budistas. Pero su contribución ha sido especialmente importante al abrir el diálogo con personas de convicciones no religiosas, poniendo el acento en valores comunes, como la solidaridad y la fraternidad, que están a la base del Evangelio y de los valores humanos laicos.

Como persona interesada en la política, me ha impresionado la intención de Chiara de llevar un cambio a la mentalidad de las personas también en este campo. Parece realmente irrealizable. Pero, participando en los diversos congresos organizados por el Movimiento de los Focolares, he conocido una realidad que da esperanza. Personas de la esfera política que han sentido en su corazón y abrazado la idea de Chiara: amar a los otros partidos como el propio. Son semillas raras que sin embargo demuestran que todo es posible si existe la buena voluntad y la sensibilidad hacia los demás.

Los albaneses estamos particularmente agradecidos a Chiara. Los primeros focolarinos que vinieron a Albania en 1992, más tarde dudaban de quedarse o no. Chiara insis-

Como persona interesada en la política, me ha impresionado la intención de Chiara de llevar un cambio a la mentalidad de las personas también en este campo. Parece realmente irrealizable. Pero, participando en los diversos congresos organizados por el Movimiento de los Focolares, he conocido una realidad que da esperanza. Personas de la esfera política que han sentido en su corazón y abrazado la idea de Chiara: amar a los otros partidos como el propio. Son semillas raras que sin embargo demuestran que todo es posible si existe la buena voluntad y la sensibilidad hacia los demás.

do hacia horizontes cada vez más amplios. Es verdad que durante este viaje apasionante y difícil hay quien pierde la confianza y quien se cansa... Han sido muy alentadoras las palabras de María Voce, presidente del Movimiento de los Focolares, en el congreso “Humanismo, diálogo, fraternidad – Herencia de Chiara Lubich” que se tuvo en abril de 2011: «*Trabajad vosotros también... podéis influir en nosotros los creyentes*».

Realizar grandes ideales nunca ha sido fácil o sencillo. Llegar al término de una empresa tan imponente no es posible si las personas se enfrentan una contra otra según su pertenencia religiosa, de raza, de ideología, de nación, etc., actuando por cuenta propia. Un ideal como el de la fraternidad universal es un reto que necesita la más am-

tió y así, desde entonces, en Tirana hay dos focolares, femenino y masculino, que contribuyen a difundir la cultura de la unidad.

Durante la guerra de Kosovo, un momento muy trágico para los albaneses, sentimos muy cerca el afecto y el compromiso de Chiara: llegó una gran cantidad de ayuda material desde Italia, y los focolarinos y todos los del Movimiento nos movilizamos para ayudar a los prófugos provenientes de Kosovo a Albania y luego, después de la guerra, para reconstruir una escuela y un ambulatorio en Kosovo.

Aunque no soy creyente, me parece correcto vincular los pasajes de los Evangelios sobre el papel de las mujeres que seguían a Jesús con la obra de Chiara y su carisma particular. Partiendo de su ejemplo, me parece lógica y acertada la decisión del Movimiento de los Focolares, aprobada también

por el papa, de que a la cabeza del Movimiento esté siempre una mujer<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Donika, periodista y traductora, en sus escritos trata problemas sociales y literarios. Su reciente libro, *Cultura interrotta*, responde a las difíciles preguntas sobre los problemas sociales de los albaneses, heredados del pasado e incluso recientes. Ha traducido obras de autores importantes de la literatura francesa e italiana. Dirige la editorial “Elena Gjika” (Premio Fraternità – Città di Benevento 2008).

<sup>2</sup> Luan, jurista, profesor de teoría del Estado y del Derecho, ex decano de la Facultad de jurisprudencia de la Universidad de Tirana; miembro de la Academia de las Ciencias de Albania, de la Comisión “A la democracia por el derecho” (Comisión de Venecia) y vicepresidente de la misma (2003-2005). Presidente de la Asociación Internacional de Estudios de Europa sur-oriental. Autor de diversos libros de derecho público y constitucional.

«“La puerta de la fe” (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. Jn 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor (...). Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este “estar con él” nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso».

Benedicto XVI, *Porta fidei* (2011) 1 y 10.

# De la «Cátedra de los no creyentes» al «Patio de los Gentiles»

*Mauro Mantovani, s.d.b.*

*Hacia finales de los años ochenta el card. C.M. Martini fundó en Milán la “Cátedra de los no creyentes”. Más recientemente, el 12 de febrero de 2011 en Bolonia y el 24-25 de marzo 2011 en París el card. G. Ravasi, Presidente del Pontificio Consejo de la Cultura, presentó, por una parte, la Fundación “El Patio de los Gentiles” y, por otra, el “Proyecto para el diálogo con los no creyentes”, poniendo en marcha así una idea sugerida en este sentido por el Papa Benedicto XVI. Dentro del amplio campo de la cultura, he aquí la propuesta de un “diálogo de la vida” que interpela y afecta a todos; también a la vida consagrada.*

### La “Cátedra de los no creyentes”

*«Lo creyente y lo no creyente es algo que se da al mismo tiempo en el corazón de todo hombre. En nuestro interior dialogan entre sí, se interrogan recíprocamente, se lanzan preguntas hirientes y se dan respuestas inquietantes. El cardenal Carlo María Martini quiso poner de relieve esta realidad fundando en Milán ... la llamada “Cátedra de los no creyentes”, que consiste en llevar adelante una serie de encuentros con creyentes y no creyentes del mundo de la cultura, de la ciencia, del arte. Sin estar a la defensiva, sin miedos, en un diálogo vivo, pero paciente con el público y con el cardenal, la “cátedra ha ido eflexionando sobre los grandes temas de la existencia”». He aquí unas pocas líneas de presentación de la*

“Cátedra de los no creyentes”, importante actividad que el cardenal Martini promovió en la capital ambrosiana, Milán, a partir de 1987<sup>1</sup>.

Durante una serie de años científicos y filósofos, psicólogos y artistas, literatos y teólogos asumieron el reto de confrontarse en sus opiniones sobre los interrogantes fundamentales de la existencia humana<sup>2</sup>, pero no tanto como un acto puramente académico, sino más bien como un sincero y abierto “ejercicio del espíritu”<sup>3</sup>: «Como “una espada que hiere el alma”, la voz de esta atípica cátedra hace sacar fuera lo que hay dentro del corazón de cada uno, llega a lo más íntimo, no deja indiferentes e invita a tomar posiciones ante esa fe que, si es auténtica, “desea asumir di-

mensiones sociales, que da un sentido al progreso y valor para luchar sin descanso contra lo absurdo, la degradación y la decadencia”<sup>4</sup>.

En un contexto como el nuestro más propicio a establecer confrontaciones mediáticas de carácter sensacionalista y espectacular, y poco acostumbrado a preguntarse sobre cuestiones fundamentales en torno a las cuales hablar “racionalmente”, la “Cátedra de los no creyentes” ha significado sin duda en el panorama de la cultura occidental, no sólo italiana, un ejemplo importante de diálogo provechoso, un verdadero y propio “desafío” tanto al relativismo como al fundamentalismo, porque las afirmaciones de los creyentes y no creyentes se intentaban fundamentar en razones, dentro de un camino de búsqueda sincera de la verdad, compartido, que no pretendía hacer desaparecer las diferencias, sino verlas en relación. El enriquecimiento recíproco y el provecho de este diálogo era algo sentido por cada uno de los participantes: hacía que el creyente no diese por supuestas las razones de su propia fe, y llevaba al no creyente a no permanecer cerrado en una soledad a veces desesperanzada.

### El “Patio de los Gentiles”

Veinte años después, el papa Benedicto XVI, que con la invitación a “alargar los horizontes de la racionalidad”<sup>5</sup>, ha dado a la Iglesia a través de su magisterio un instrumento decisivo para el diálogo con la cultura contemporánea, hablando por primera vez de forma explícita de la propuesta de un “Patio de los Gentiles” en su discurso anual de Navidad a la Curia Romana, el 21 de diciembre 2009: «Como primer paso de la evangelización debemos tratar de mantener viva esta búsqueda; debemos preocuparnos de que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como cuestión esencial de su existencia; preocuparnos de que acepte esa cuestión y la nostalgia que en ella

se esconde. Me vienen aquí a la mente las palabras que Jesús cita del profeta Isaías, es decir, que el templo debería ser una casa de oración para todos los pueblos (cf. Is 56, 7; Mc 11, 17). Él pensaba en el llamado “patio de los gentiles”, que desa-

«Lo creyente y lo no creyente es algo que se da al mismo tiempo en el corazón de cada hombre. En nuestro interior dialogan entre sí, se interrogan recíprocamente, se lanzan preguntas hirientes y se dan respuestas inquietantes. El cardenal Carlo María Martini quiso poner de relieve esta realidad fundando en Milán ... la llamada “Cátedra de los no creyentes”, que consiste en llevar adelante una serie de encuentros con creyentes y no creyentes del mundo de la cultura, de la ciencia, del arte. Sin estar a la defensiva, sin miedos, en un diálogo vivo, pero paciente con el público y con el cardenal, la “cátedra ha ido reflexionando sobre los grandes temas de la existencia”»

lojó de negocios ajenos a fin de que el lugar quedara libre para los gentiles que querían orar allí al único Dios, aunque no podían participar en el misterio, a cuyo servicio estaba dedicado el interior del templo (...). Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “patio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia. Al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño, para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido»<sup>6</sup>.

Si el patio de los gentiles era originariamente un espacio del antiguo Templo de Je-



rusalén al que, por no estar reservado exclusivamente a los israelitas, se podía acceder libremente, independientemente de la propia pertenencia religiosa, cultural o lingüística, también hoy el “Patio de los Gentiles” quiere ser como un “nuevo areópago” en el que creyentes y no creyentes (agnósticos o ateos) puedan tener un espacio de encuentro y de discusión en torno a las preguntas “fundamentales” del hombre, una oportunidad para enriquecerse con el don recíproco de las diferentes sensibilidades y formas de ver las cosas.

Promovidos por el Pontificio Consejo de la Cultura, se tuvo un primer encuentro de presentación de la Fundación “Patio de los Gentiles” en la Universidad de Bolonia el 12 de febrero de 2011, iniciando así un itinerario de diálogo y de búsqueda, al que le siguió un importante encuentro en París del 24 al 25 de marzo 2011, con la participación de instituciones como la Sorbona, la Unesco, la Academia de Francia y la catedral de “Notre Dame”.

Con gran claridad y lucidez el card. Gianfranco Ravasi resumió así el sentido de estos encuentros con diversos representantes del mundo de la cultura. El “Patio de los Gentiles” representa «el lugar de un encuentro, pero también es una metáfora. Creyentes y no creyentes pueblan la misma tierra y conviven en las mismas aulas de la universidad. Pero existe el riesgo de que cada uno se aísle en el propio recinto sagrado o laico, ignorándose en el mejor de los casos, y en otras muchas ocasiones despreciando a los que no piensan como él. Es necesario encontrar un espacio común, y abatir los muros culturales y las actitudes que nos separan. Nosotros queremos intentarlo...; para un auténtico diálogo es necesario excluir tanto los extremismos como los integrismos, pero también se debe evitar el sincretismo ideológico que lleva a plantear un mínimo común denominador, que a nadie interesa. Se pueden descubrir coincidencias incluso en planteamientos diferentes, sin que estos tengan que llegar por eso a

desaparecer. Lo importante, en definitiva, es suscitar la búsqueda en torno a la cuestión de Dios, que podrá seguir siendo alguien desconocido e ignorado por muchos, pero respecto del cual ninguno tiene autoridad para impedir que nos podamos hacer preguntas»<sup>7</sup>.

## Una nueva ocasión para todos

Me parece importante no perder de vista esta continuidad de planteamiento y de perspectiva que existe entre la “Cátedra de los no creyentes” y el “Patio de los Gentiles”; ambas, a su vez, muy relacionadas con otras iniciativas de estos años, como la de los “Diálogos en la catedral” (en la basílica de Letrán, Roma) o los congresos y las iniciativas del “Proyecto Cultural” de la Conferencia Episcopal Italiana. Pero no hay que perder de vista los aspectos más propios de la nueva propuesta que hoy se nos presenta, en un contexto de pluralidad de religiones y

*«Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de "patio de los gentiles" donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia. Al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño, para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido».*

de “nuevos mitos”<sup>8</sup>.

Existe un aspecto especialmente importante a tener en cuenta: la invitación al diálogo que hoy nos propone Benedicto XVI

«El Patio de los Gentiles, de hecho, no estaba fuera del templo, sino dentro. No era un lugar profano, sino sagrado. Es un lugar no confesional, no litúrgico, no eclesiástico, pero es un lugar religioso. Ratzinger... dice que los nuevos Gentiles desean rezarle y adorarle (a Dios), aunque como “Desconocido”. Hace, pues, una propuesta de fe y de religión... En la propuesta del Patio de los Gentiles se ve la idea ratzingeriana de que el Dios de Jesucristo es la respuesta a las profundas búsquedas humanas, y, en su opinión, ha de ser propuesto como tal. La propuesta de fe y de religión es por lo tanto también una propuesta de razón».

no se sitúa en un ámbito neutro o imparcial respecto del Dios cristiano: «El Patio de los Gentiles, de hecho, no estaba fuera del templo, sino dentro. No era un lugar profano, sino sagrado. Es un lugar no confesional, no litúrgico, no eclesiástico, pero es un lugar religioso. Ratzinger... dice que los nuevos Gentiles desean rezarle y adorarle (a Dios), aunque como “Desconocido”. Hace, pues, una propuesta de fe y de religión... En la propuesta del Patio de los Gentiles se ve la idea ratzingeriana de que el Dios de Jesucristo es la respuesta a las profundas búsquedas humanas, y, en su opinión, ha de ser propuesto como tal. La propuesta de fe y de religión es por lo tanto también una propuesta de razón»<sup>9</sup>.

Se “agrandan” así el espacio común en el que se aprende a descubrir que el problema de Dios es ineludible para el hombre; no sólo y no tanto como exigencia intelectual, sino sobre todo como posibilidad para él mismo de ser constructor de la sociedad sin desaparecer en la historia, de ser –en el Dios “vivo y verdadero”, y en aquel “nosotros” inclusivo que se nos da en el bautismo y que se ofrece a toda la familia humana– ese

“algo más”, tanto en la historia como en la eternidad, al que cada uno de nosotros aspira íntimamente. De hecho el hombre tiene necesidad de vivir en comunión consigo mismo, con los otros y con Dios, y el Dios vivo y verdadero es Trinidad.

En este contexto, partiendo de la experiencia misma de la vida religiosa y de los tesoros de sabiduría y de diálogo que pertenecen a sus “antiguos” y “nuevos” carismas, se presenta así una nueva llamada a practicar con responsabilidad y con alegría el “diálogo de la vida” en todas las direcciones (a lo largo y lo ancho de este Patio) con los hermanos y hermanas de nuestro tiempo, y, junto con ellos, “cultivar la flor del diálogo”.

<sup>1</sup> C. M. Martini, *Cattedra dei non credenti*, Rusconi, Milano 1992, contraportada.

<sup>2</sup> Cf. las publicaciones de algunos de los volúmenes relativos a las sesiones anuales de dicha Cátedra, como por ejemplo la VIIIª (*Questa nostra benedetta maledetta città*, Gribaudi, Milano 1996), la IXª (*Fedi e violenze*, Rosenberg & Sellier, Torino 1997), la Xª (*Orizzonti e limiti della scienza*, Raffaello Cortina, Milano 1999), la XIª (*Figli di Crono*, Raffaello Cortina, Milano 2001). En castellano sólo existe traducción de la Xª: C. M. Martini, *Horizontes y límite de la ciencia: décima cátedra de los no creyentes*, Valencia, Edicep, 2002.

<sup>3</sup> El sentido de esta iniciativa lo ha dejado escrito el card. Martini en *Cattedra dei non credenti*, cit., pp. 5-9.

<sup>4</sup> *Ibid.*, contraportada.

<sup>5</sup> Cf. L. Leuzzi, *Allargare gli orizzonti della razionalità. I discorsi per l'Università di Benedetto XVI*, Paoline, Milano 2008; S. Spiri - T. Valentini, *Allargare gli orizzonti della razionalità. Prospettive per la filosofia*, Editori Riuniti, Roma 2010.

<sup>6</sup> Benedicto XVI, *Discurso a la curia romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad*, Ciudad del Vaticano, 21 diciembre 2009.

<sup>7</sup> A. Bobbio, *Entrevista al card. Gianfranco Ravasi*, 7 febrero 2011 ([www.famigliacristiana.it](http://www.famigliacristiana.it)).

<sup>8</sup> Cf. M. Introvigne, *Il cortile dei gentili. La Chiesa e la sfida della nuova religiosità: “sette”, nuove credenze, magie*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2010.

<sup>9</sup> S. Fontana, *Nel Cortile dei Gentili Benedetto XVI*

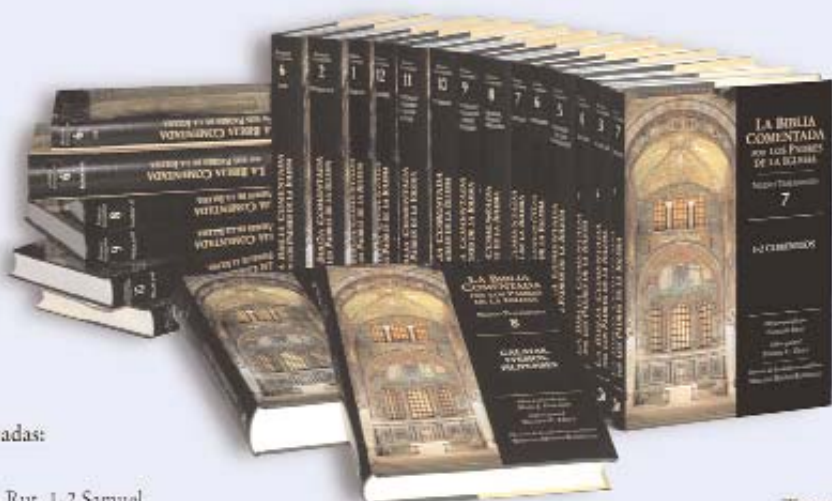
## ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad- II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».
78. Vino renovado en odres renovados.
79. Iglesia «semper reformanda».
80. Carismas en comunión

---

*Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.*

# LA BIBLIA COMENTADA POR LOS PADRES DE LA IGLESIA



## Obras publicadas:

Apocalipsis  
Josué, Jueces, Rut, 1-2 Samuel  
Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares  
Isaías 1-39  
Los doce profetas  
Santiago, 1-2 Pedro, 1-3 Juan, Judas  
Evangelio según san Marcos  
Génesis 1-11  
Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio  
Evangelio según san Mateo 1-13  
Romanos  
1-2 Corintios  
Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, 1-2 Timoteo, Tito, Filemón  
Génesis 12-50  
Evangelio según san Mateo 14-28  
Evangelio según san Lucas  
Gálatas, Efesios, Filipenses  
Job

Precio de cada volumen 35€

*Editor general*

THOMAS C. ODEN

*Director de la edición en castellano*  
MARCELO MERINO RODRIGUEZ

La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia es una colección que abarca todo el canon de las Escrituras y ofrece a los lectores la oportunidad de acceder a los principales escritos de los Padres de la Iglesia. Siguiendo los libros de la Biblia, cada comentario presta su voz a esas grandes figuras que, durante los siglos de formación de la Iglesia, estudiaron y amaron la Palabra de Dios.

*Último volumen publicado*

**Job**

*próximo volumen en preparación*

**Hechos de los apóstoles**

  
Ciudad Nueva

Adquiéralos en su librería,  
en nuestra página web [www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)  
o llamando al teléfono 91 725 95 30